

José Carlos Mariátegui La Chira
Obras Completas Cronológicas
Volumen 11



Artículos
(1929: enero-jun)

[Introducción y ordenamiento general de las OO.CC. por
Octavio Obando Morán]

Producción cronológica

- .La crisis de la reforma educacional en Chile (I. parte). (Mundial del 4 de ene de 1929.). Volumen 14 de las obras completas populares.
- .La lucha eleccionaria en México (Variedades del 5 de ene de 1929). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .La crisis de la reforma educacional en Chile (II parte). Volumen 14 de las obras completas populares. (Mundial del 11 de ene de 1929).´
- .´Ariel ou la Vie de Shelley´ por André Maurois (II parte). (Variedades del 12 de ene de 1929). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .Verdaderos alcances de la propaganda mutualista (Labor, No.5 del 15 de ene de 1928). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .Portes Gil contra la C. R. O. M. (Variedades del 19 de ene de 1929). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .De José Carlos Mariátegui a Ricardo Vegas Garcia (carta) (21 de ene de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.504.
- .De José Carlos Mariátegui a Luis. E. Valcárcel (carta) (21 de ene de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.505-506.
- .De José Carlos Mariátegui a Arturo. E. Delgado (Carta) (25 de ene de 1929) .CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.508.
- .Posición del socialismo británico (Variedades del 26 de ene de 1929). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .Julio Antonio Mella (sin firma) (Amauta, No.20, de ene de 1929). Sección: panorama móvil). B-b de Rouillón.
- .Sentido heroico y creador del socialismo (Mundial del 1 de feb de 1929). Volumen 5 de las obras completas populares.
- .Nuestra reivindicación primaria libertad de asociación sindical (Labor, No.6, 2 de feb de 1929). Volumen 13 de las obras completas populares.
- .La propaganda mutualista (Labor, No.6, 2 de feb de 1929).Volumen 13 de las obras completas populares.

- .Dos generaciones y dos hombres: Henri de Montherlant y André Chamson. (Variedades del 2 de feb de 1929). Volumen 7 de las obras completas populares.
- .´El pueblo sin Dios´ por César Falcón. (Mundial del 8 de feb de 1929). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .La insurrección en España (Variedades del 9 de feb de 1929). Volumen 18 de las obras completas populares.
- .Siegfried y el profesor Canella I, II. (Mundial del 15 de feb de 1929). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .La liquidación de la cuestión romana (Variedades del 16 de feb de 1929). Volumen 18 de las obras completas populares..
- .Discurso de José Carlos Mariátegui en la planta de Vitarte. (Labor, N.7, del 21 de feb de 1929).B-b de Rouillón.
- .El exilio de Trotsky (Variedades del 23 de feb de 1929). Volumen 18 de las obras completas populares.
- .Siegfried y el profesor Canella (III y IV) (Mundial del 1 de mar de 1929). Volumen 4 de las obras completas populares.B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (carta) (6 de mar de 1929).Cuadernos, Instituto Mariátegui, p.26. (Referencia tomada del trabajo de Chavarria sobre José Carlos Mariátegui).
- .José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (Carta) (10 de mar de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.525.
- .Veinticinco años sucesos extranjeros (Variedades del 6 al 13 de mar de 1929). Volumen 8 de las obras completas populares.
- .Breve epílogo a la crónica de 25 años (Variedades del 13 de mar de 1929). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Siegfried y el profesor Canella (V y VI). (Mundial del 15 de mar de 1929). Volumen 4 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.
- .De José Carlos Mariátegui a César Miro Quesada (carta) (16 de mar de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.530.
- .Elogio de ´El Cemento´ y el realismo proletario (II parte) (Variedades del 20 de mar de 1929). Volumen 3 de las obras completas populares.
- .Siegfried y el profesor Canella (XII, VIII, IX y XI). (Mundial del 22 de mar de 1929). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .Orígenes y perspectivas de la insurrección mexicana (Variedades del 27 de mar de 1929). Volumen 12 de las obras completas populares.
- .Siegfried y el profesor Canella (Capítulos XII y XIII). (Mundial del 29 de mar de 1929). Volumen 4 de las obras completas populares.
- .Poesía y verdad. Preludio del renacimiento de José Maria Eguren (Amauta, No.21,feb de 1929). Volumen 11 de las obras completas populares.
- .Stefan Zweig: intérprete y apologista de Tolstoi y Dostoiowski (Variedades del 3 de abr de 1929). Volumen 6 de las obras completas populares.

.Siegfried y el profesor Canella (capítulos del XIV, XV y XVI) (Mundial del 5 de abr de 1929). Volumen 4 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.La Rusia de Dostoiewski, a propósito del libro de Stefan Zweig (Variedades del 10 de abr de 1929). Volumen 6 de las obras completas populares.

.Siegfried y el profesor Canella (capítulos XVII y XVIII) (Mundial del 12 de abr de 1929). Volumen 4 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.Un libro de Emilio Vandervelde (Variedades del 17 de abr de 1929). Volumen 5 de las obras completas populares.

.En torno a las elecciones inglesas (Variedades del 24 de abr de 1929). B-b de Rouillón.

Siegfried y el profesor Canella (capítulos XIX, XX y XXI). (Mundial del 26 de abr de 1929). Volumen 4 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.De José Carlos Mariátegui a Nicanor Vegas Garcia (carta) (abr de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.553.

."Manifiesto de la 'Confederación General de Trabajadores del Perú' a la clase trabajadora del país"

. 'Labor' (Presentación al N.8) (Labor, No.8, del 1 de may de 1929). Volumen 13 de las obras completas populares.

.Admonición del 1 de may (Labor, No.8, del 1 de may de 1929). Volumen 13 de las obras completas populares.

.Manifiesto a los trabajadores de la republica lanzado por el comité pro 1 de may (labor, No.8, del 1 de may de 1929). Volumen 13 de las obras completas populares.

.La misión de Israel (Mundial del 3 de may de 1929). Volumen 18 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Carlos Chávez Sánchez (carta) (3 de may de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.554-555.

.La polémica del azúcar. Como se plantea la cuestión fundamental (Mundial del 4 de may de 1929). Volumen 11 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Ángela Ramos (carta) (5 de may de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.556.

. 'Los Mujics' por Constantin Fedin (Variedades del 8 de may de 1929). Volumen 7 de las obras completas populares.

. El sector comunista (Variedades, Lima, 9 de Mayo de 1929). Volumen 16 de las Obras Completas Populares

. 'Chopin ou le poete' por Guy de Portales (Variedades del 1 de may de 1929). Volumen 7 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (carta) (10 de may de 1929).Consta en la bibliografía del libro: Poética e ideología en José Carlos Mariátegui, por E. Chang Rodrigues.

.André Chamson y el mito de la nueva generación: la revolución del XIX. (Variedades del 15 de may de 1929). Volumen 5 de las obras completas populares.

.El idealismo materialista (Mundial del 17 de may de 1929). Volumen 5 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.Emmanuel Berl y el proceso de la literatura francesa contemporánea. (Variedades del 22 de may de 1929). Volumen 5 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.Idealismo y decadentismo (Mundial del 24 de may de 1929).B-b de Rouillón.

.La Ciencia de la Revolución (Variedades del 26 de may de 1929). Volumen 5 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

.Teoría y practica de la reacción (Volumen 5 de las obras completas populares (puesto en bloque en el volumen 5, este deseo se puede inferir también de su correspondencia.).

.“Les dernières nuits de Paris” por Philippe Soupault (Variedades del 29 de may de 1929). Volumen 7 de las obras completas populares.

.La libertad y el dogma (Mundial del 31 de may de 1929). B-b de Rouillón.

.El arreglo peruano-chileno (sin firma) (Amauta, No.23, may de 1929). B-de Rouillón.

.“Del autor” (José Carlos Mariátegui). Presentación de los documentos para la Confederación Sindical Latinoamericana (may de 1929) y 1ª Conferencia comunista L .A de Buenos Aires (jun de 1929). Volumen 13 de las obras completas populares

.Antecedente y desarrollo de la acción clasista (may de 1929).Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latinoamericana. Volumen 13 de las obras completas populares.

.El Congreso Sindical Latinoamericano de Montevideo (Amauta, No.23, de may de 1929). Sección: panorama móvil). Volumen 13 de las obra completas populares.

.Hacia la Confederación General de Trabajadores del Perú (Amauta, No.23, may de 1929). Volumen 13 de las obras completa populares.

. La derrota de los conservadores de Inglaterra. (Variedades del 5 de jun de 1929). Volumen 18 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Moisés Arroyo Posada (carta) (5 de jun de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.571.

.Civilización y feudalidad (Mundial del 7 de jun de 1929). B-b de Rouillón.

.De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (carta) (10 de jun de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.576.

.De José Carlos Mariátegui a José Malanca (carta) (11 de jun de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.578-579.

Un homme se penche sur son passé, por Constantin-Weyer. (Variedades del 12 de jun de 1929). Volumen 7 de las obras completas populares.

.L'Age Heurex y 'Simonsen' por Sigrid Undset. (Variedades del 19 de jun de 1929). Volumen 7 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Nicanor de la Fuente (carta) (20 de jun de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.584-586.

.De José Carlos Mariátegui a Samuel Glusberg (carta) (20 de jun de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.587.

.La ciencia de la revolucion' por Max Eastman (Variedades del 26 de jun de 1929). Volumen 5 de las obras completas populares. B-b de Rouillón.

- 'Seis ensayos en busca de nuestra expresion' por P. Henriquez Ureña. (Mundial del 28 de jun de 1929). Volumen 12 de las obras completas populares.

.De José Carlos Mariátegui a Mario Nerval (carta) (28 de jun de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.597-598.

.De José Carlos Mariátegui a Emilio Roig (carta) (30 de jun de 1929). CORRESPONDENCIA. Tomo II, p.599.

.De José Carlos Mariátegui y otros: 'Carta colectiva' del grupo de Lima. (jun de 1929): José Carlos Mariátegui: el proletario y su organización, Colección 70, p.115-122.

.La Central Sindical del Proletario Peruano (Amauta, No.24, de jun de 1929). Volumen 13 de las obras completas populares.

.Manifiesto de la 'Confederacion General de Trabajadores del Perú' a la clase trabajadora el país. (Jun de 1929). Volumen 13 de las obras completas populares.

.Estatuto y reglamentación de la oficina de Auto-educación obrera (Amauta, No.24, de jun de 1929). Volumen 13 de las obras completas populares.

.El problema de las razas en América Latina (jun de 1929). Expuesto en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires. Volumen 13 de las obras completas populares.

.Punto de vista antiimperialista (jun de 1929). Expuesto en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana de Buenos Aires. Volumen 13 de las obras completas populares.

- LA LUCHA ELECCIONARIA EN MEXICO*

La situación eleccionaria mexicana se presenta esta vez más compleja que hace un año cuando, próxima la terminación del mandato del General Calles, se concentraron las fuerzas políticas que sostenían al gobierno alrededor de la candidatura del General Obregón, contra las candidaturas anti-reeleccionistas de los generales Serrano y Gómez. Entonces, la formación de un frente único obregonista aseguraba la victoria del bloque popular, defensor de los Principios de la Revolución, que había gobernado desde la desaparición de Carranza. Más bien, el bando anti-reeleccionista concurriría dividido a la votación. La CROM (Confederación Regional Obrera Mexicana), representada en el gobierno de Calles por su famoso líder Luis Morones, Ministro de Industria, Comercio y Trabajo, apoyaba a Obregón, quien a su fuerza personal de caudillo sumaba la completa adhesión del haz de fuerzas populares, representativas del sentido clasista y doctrinal de la Revolución. La amenaza insurreccional de Gómez y Serrano, dramáticamente liquidada con el fusilamiento de ambos candidatos, sirvió para afirmar y reforzar la unidad revolucionaria. Las divisiones y querellas internas de este bloque eran ya inquietantes; pero la autoridad de Obregón conseguía dominarlas temporalmente, siendo sin duda este factor el que había aconsejado la designación de un candidato contra el cual iba a invocarse los principios y orígenes anti-reeleccionistas de la Revolución Mexicana.

Asesinado Obregón, la ruptura sobrevino violentamente. Los elementos adversos a los laboristas aprovecharon la oportunidad para atacar a Morones, atribuyéndole la responsabilidad del crimen. En momentos en que la excitación pública hacía sumamente peligrosa esta acusación, estos elementos se lanzaron al asalto de las posiciones políticas de la CROM, empleando, con extremo encarnizamiento, el arma que el azar ponía a su

alcance. El propio Presidente Calles, que había tenido siempre a su lado a la CROM, dio la impresión de ceder a la ofensiva contra los laboristas. Morones tuvo que dejar el Ministerio de Industria, Comercio y Trabajo, y hasta se anunció su viaje al extranjero, deportado o fugitivo.

De julio a hoy el cisma no ha cesado de ahondarse. Morones no se ha intimidado. Después de un período de prudente reserva, ha reaparecido en su puesto de combate, al frente de la CROM, en cuya IX convención nacional, últimamente reunida, ha replicado agresivamente al ataque de sus adversarios. Parece ya imposible que se reconstituya el frente único que, con Obregón a la cabeza, ganó las elecciones de 1928. Los enemigos de la CROM tienen en sus manos el poder y lo emplean en cuanto pueden contra esta organización obrera. «Ser elemento de la CROM es ser candidato a presidio en las tres cuartas partes de la República», ha dicho Morones en un exaltado discurso en la convención laborista, dirigiéndose a Calles, a quien ha reconocido como el único amigo de la CROM en el período difícil atravesado por los laboristas desde julio.

La presencia y el discurso de Calles en la convención de la CROM han venido a añadir un elemento de complicación en la lucha política. En momentos en que se hace fuego graneado contra Morones y los laboristas, Calles ha declarado en su asamblea que nada ni nadie puede romper sus lazos sentimentales y doctrinarios con la organización obrera. Aunque el discurso de Calles no haya sido muy explícito, tiene, sobre todo por la oportunidad en que ha sido pronunciado, el valor de un acto de solidaridad con los laboristas, muy importante si se tiene en cuenta el rol político que, por su actuación y antecedentes, tocará seguir al ex-Presidente.

La designación de candidatos a la presidencia por las convenciones nacionales no ha sido hecha todavía. Pero ya empiezan las convenciones regionales o de partido a preparar esa designación proclamando sus respectivos candidatos. La eliminación final, en la medida en que sea posible, lo harán las convenciones nacionales. Pero, mientras esta vez es posible que los anti-reeleccionistas se agrupen en torno de un candidato único, que tal vez sea Vasconcelos, la división del bloque obregonista de 1928 se muestra ya irremediable. La CROM irá probablemente sola a la lucha, con Morones a la cabeza. El partido constituido por los obregonistas, y en general por los elementos contrarios a los laboristas, y que se declaran legítimos continuadores y representantes de la Revolución, arrojando sobre la CROM la tacha de reaccionaria, presentará un candidato propio, acaso comprometido personalmente por esta polémica.

Entre los candidatos de esta tendencia, con mayor proselitismo, uno de los

más indicados hasta ahora es el general Aarón Sáenz, Gobernador del Estado de Nueva León. Aarón Saenz comenzó su carrera política en 1913, enrolado en el ejército revolucionario en armas contra Victoriano Huerta. Desde entonces, actuó siempre al lado de Obregón, cuya campaña eleccionaria dirigió en 1928. Ministro de Calles, dejó su puesto en el gobierno federal para presidir la administración de un Estado, cargo que conserva hasta hoy. Su confesión protestante puede ser considerada por muchos como un factor útil a las relaciones de México con Estados Unidos. Porque en los últimos tiempos, la política mexicana ante los Estados Unidos ha acusado un retroceso que parece destinado a acentuarse, si la presión de los intereses capitalistas desarrollados dentro del régimen de Obregón y Calles, en la que hay que buscar el secreto de la actual escisión, continúa imponiendo la línea de conducta más concorde con sus necesidades.

Vasconcelos se ha declarado pronto para ir a la lucha como candidato. Aunque auspiciado por el partido anti-reeleccionista, y probablemente apoyado por elementos conservadores que ven en su candidatura la promesa de un régimen de tolerancia religiosa, puede ganarse a una buena parte de los elementos disidentes o descontentos que la ruptura del frente obregonista de 1928 deja fuera de los dos bandos rivales. Por el hecho de depender de la concentración de fuerzas heterogéneas, que en la anterior campaña eleccionaria se manifestaran refractarias a la unidad, su candidatura, en caso de ser confirmada, no podrá representar un programa concreto, definido. Sus votantes tendrían en cuenta sólo las cualidades intelectuales y morales de Vasconcelos y se conformarían con la posibilidad de que en el poder puedan ser aprovechadas con buen éxito. Vasconcelos pone su esperanza en la juventud. Piensa que mientras esta juventud adquiere madurez y capacidad para gobernar México, el gobierno debe ser confiado a un hombre de la vieja guardia a quien el poder no haya corrompido y que preste garantías de proseguir la línea de Madero. Sus fórmulas políticas, como se ve, no son muy explícitas. Vasconcelos, en ellas, sigue siendo más metafísico que político y que revolucionario.

La prosecución de una política revolucionaria, que ya venía debilitándose por efecto de las contradicciones internas del bloque gobernante, aparece seriamente amenazada. La fuerza de la Revolución residió siempre en la alianza de agraristas y laboristas, esto es de las masas obreras y campesinas. Las tendencias conservadoras, las fuerzas burguesas, han ganado una victoria al insidiar su solidaridad y fomentar su choque. De ahí que las organizaciones revolucionarias de izquierda trabajan ahora por una asamblea nacional obrera y campesina, encaminada a crear un frente único proletario. Pero estos aspectos de la situación mexicana, serán materia de

otro artículo. Por el momento no me he propuesto sino señalar las condiciones generales en que se inicia la lucha eleccionaria.

 * Publicado en **Varietades**: Lima, 5 de Enero de 1929.

- "ARIEL OU LA VIE DE SHELLEY", POR ANDRE MAUROIS*

Al renacimiento de la biografía como género literario, señalado ya por muchas pequeñas obras maestras, André Maurois novelista, aporta con su *Ariel ou la Vie de Shelley** una feliz contribución. La biografía resurge porque se acerca a la poesía y a la novela. Abandona el plano árido y frígido de la cronología, del documento inerte. Las "vidas" de los personajes ganan así, a medida que devienen novelescas, en realidad y en belleza. Romain Rolland preludia acaso con su Beethoven, su Miguel Angel, su Tolstoy y su Mahatma Gandhi, este renacimiento. ¿Retorno a Plutarco, en estos tiempos en que Jean Pierrefeu, con su experiencia personal de redactor de los comunicados del frente francés en la gran guerra, nos afirma que Plutarco ha mentado? No. ¿Por qué hemos de tener siempre la preocupación del retorno? En la biografía contemporánea, se prescinde generalmente del tono apologético del estilo épico. No busquemos su tipo en el Dux de Margarita Sarfatti -obra de partido a pesar de su autora- sino más bien en este Shelley, de André Maurois. La manera novelesca restituye al personaje aquello de que la fastidiosa biografía erudita lo privaba: movimiento y atmósfera. Tratados por el novelista, los personajes históricos se nos ofrecen más reales y vivientes. Y estas vidas modernas se distinguen de las vidas clásicas -"paralelas" o solitarias- en que el interés por el hombre prima sobre el interés por el héroe. El héroe no nos escamotea ya al hombre. [* Ariel o la vida de Shelley]

Maurois nos presenta, en esta vida de Shelley, al hombre, no al poeta. Y por este sencillo camino llegamos al poeta, mejor que por ningún otro. Percy Bysshe Shelley queda explicado psicológica y estéticamente. Lo que en el genio hay de misterioso y de inefable se nos escapa siempre; pero el novelista toca y arriba a un grado de comprensión que el biógrafo puntual no puede, entrever ni sospechar.

Este libro nos guía amigablemente en la intimidad del gran poeta. Qué distante está André Maurois de esos puritanos regañones que, con la Biblia en la mano, reprochan a Shelley de sus infidelidades conyugales, aunque, menos severos que sus maestros de Oxford, le hayan perdonado el ateísmo exaltado de su juventud. Maurois ha logrado enamorarse de su personaje. Su retrato es amoroso. En algunos momentos, sin embargo, su temperamento conspira demasiado visiblemente contra su intención. Entre Shelley y Maurois se interpone la distancia que fatalmente separa a un romántico de un moderno. Para sentir absoluta, íntegramente, a Shelley, sin ápice de ironía, le falta a Maurois lirismo, le falta donquijotismo. No puede evitar en algunas páginas su acento de francés escéptico. En estas páginas, nos deleita al principio la gracia del novelista; pero en seguida echamos de menos, con un poco de disgusto, la emoción, el pathos* de una vida heroica. [* Pasión violenta]

El encuentro de Shelley con Byron, el contraste entre los dos grandes ingleses pone a prueba la penetración de Maurois. Hay quizá un excesivo parti pris* en el retrato de Lord Byron. «Arrojado del gran mundo -piensa Maurois de Byron- no amaba sino los éxitos mundanos. Mal marido, no respetaba sino el amor legítimo. Decía cosas cínicas, pero por represalias, no por convicción. Entre la depravación y el matrimonio, no concebía estado medio. Intentaba terrificar a Inglaterra jugando un rol audaz, pero era por desesperación de no haber podido conquistarla en un empleo tradicional. Shelley buscaba en las mujeres una fuente de exaltación, Byron una fuente de reposo. Shelley angélico, demasiado angélico, las veneraba; Byron humano, demasiado humano, las deseaba y tenía sobre ellas los discursos más despreciantes». La oposición, la diversidad, mejor, entre Shelley y Byron, me parece admirable-mente establecida; pero sus conclusiones no tratan a ambos artistas con la misma equidad. Maurois acierta, sin duda, cuando en el constante pathos amoroso de Shelley, encuentra uno de los elementos de su obra artística. Evidentemente, el amor era un estímulo indispensable, un resorte esencial del donquijotismo sentimental, de la fuerza creadora de Shelley quien, como dice Maurois «conservaba siempre en el segundo plano de su sensibilidad esta imagen de perfecta belleza física unida a la belleza moral, este mito de una mujer encantadora y oprimida de la cual sería el caballero, Andrómeda de este Perseo, princesa de este San Jorge, mito que estaba en el fondo de todos los sentimientos amorosos que había conocido, que le había hecho raptar a Harriet para sustraerla a su padre, amar a Mary porque era desdichada, mezcla en proporciones desconocidas por él mismo, de sensualidad y de piedad, sentimiento tal vez oscuro en su origen, pero que él había sabido purificar y que exaltaba al más alto punto su potencia de creación poética».

Pero si la emoción erótica tenía esta función en Shelley, ¿por qué, diversamente buscada y sentida, no la tenía también en Byron? Que en Byron la sensualidad prevaleciera sobre el mito, no significa que al amor, o al placer, no lo empujaran análogos impulsos, más sublimados sin duda en Shelley a causa de su misticismo. ¿Por qué negar al amor, en el arte de Byron, el oficio que se le reconoce en el de Shelley? La voluptuosa veneciana Fornarina podía muy bien ser, en la vida de Byron, el equivalente del amor platónico de la dulcísima y pura Emilia Viviani, en la vida de Shelley. El lord satánico no tenía el mismo temperamento, ni la misma pureza que el baronet** angélico. [* Prejuicio][** Barón: título nobiliario].

Más certera es la crítica de Maurois a la hipocresía anglicana cuando interpreta la diversa acogida que hallaron Byron y Shelley en Pisa, entre los ingleses. «Los más puritanos no podían usar largo tiempo de rigor con un Lord auténtico que les aportaba en suelo extranjero un compendio tan delicioso de Vanidades Británicas. Su deseo de escandalizar, ¿no demostraba, por otra parte, el respeto más ortodoxo? Si la indiferencia es una ofensa, ¿el desafío no es al contrario una forma de la humildad? ¿No se veía que él no podía vivir sin salones que visitar, mujeres que cortejar, comidas que retornar? Se fue con él muy indulgente. Pero cuando quiso imponer a Shelley, la resistencia fue obstinada. Shelley, en sociedad, se aburría y lo dejaba ver. En moral, se adivinaba que prefería el Espíritu a la Letra, que creía en la redención de mejor gana que en el pecado original. La fe en la perfectibilidad del hombre es la más imperdonable: obligaría a querer. La frivolidad, que la husmea de lejos, persigue siempre su destrucción; las mujeres verdaderamente distinguidas trataron a los Shelley como sospechosos».

Aquí, como casi siempre, Maurois ha sabido asir muy bien los sentimientos por su raíz. Qué bien está esa otra observación de que: «Los enamorados creen siempre, muy equivocados, que el encuentro de un ser excepcional ha hecho nacer su amor. La verdad es más bien que el amor pre-existente busca en el mundo su objeto y lo crea si no lo halla». Maurois, novelista de la más pura estirpe francesa, alcanza toda su estatura cuando indaga y expresa estas cosas.

* Publicado en **Variedades**: Lima, 12 de Enero de 1929.

- PORTES GIL CONTRA LA CROM*

Ninguna duda es ya posible acerca de la tendencia reaccionaria de la política del Presidente Provisorio de México. La ofensiva contra la C.R.O.M. (Confederación Regional Obrera Mexicana), aunque disimule con un lenguaje demagógico sus verdaderos móviles, no se propone otra cosa que abatir o disminuir el poder político de las masas obreras. Objetivo inequívocamente contrarrevolucionario que ninguna retórica puede ocultar ni disfrazar.

La responsabilidad e iniciativa de esta política no pertenecen a Portes Gil, quien obedece, en su gestión, a factores superiores a su criterio personal. He aquí otro hecho no menos cierto. Portes Gil no ha cambiado, por una súbita inspiración, la actitud del gobierno ante la CROM. Su nombramiento como Presidente Provisorio ha estado decidido por las fuerzas contrarias a la CROM, desarrolladas en el bloque gobernante en los últimos años. El proceso de incubación de este gobierno empezó cuando los más animosos enemigos de la CROM lanzaron contra su líder Morones la acusación de ser el maquiavélico instigador del asesinato del General Obregón. Desde ese instante, el frente popular que gobernaba México, a nombre de los principios de la Revolución, quedó definitivamente roto. La ascensión al poder de los llamados obregonistas tenía que conducir a la revolución a la crisis a que hoy asistimos.

Durante los gobiernos de Obregón y Calles, la estabilización del régimen revolucionario había sido obtenida en virtud de un pacto tácito entre la pequeña burguesía insurgente y la organización obrera y campesina para colaborar en un terreno estrictamente reformista. Podía seguirse usando contra los ataques reaccionarios, una fraseología radical, destinada a mantener vivo el entusiasmo de las masas. Pero todo radicalismo debía, en

realidad, ser sacrificado a una política normalizadora, reconstructiva. Las conquistas de la Revolución no podían ser consolidadas sino a este precio. La CROM surgida y crecida bajo el caudillaje revolucionario -su acta bautismal es la de la Convención Obrera de Saltillo en 1918- carecía de capacidad y de ambición para dominar material e intelectualmente en el gobierno, tanto en la época de la primera elección de Obregón como en la época de la elección de Calles. En 1926, sus adherentes que, en el Congreso de Saltillo no habían sumado sino 7,000, ascendían sólo a 5,000. Todo el proceso de desarrollo de la CROM, se ha cumplido bajo los gobiernos de Obregón y Calles, a los cuales sostenía, a la vez que recibía las garantías indispensables para su trabajo de organización de las masas obreras y campesinas dentro de sus cuadros. En el momento de su máxima movilización, la CROM calculaba sus efectivos en dos millones de afiliados. Su función política -a pesar de su representación en el gobierno- no estaba en relación con su fuerza social. Pero no le habría sido posible constituir y acrecentar ésta, en tan poco tiempo, sin el concurso de una situación Excepcional, como la de México y su gobierno después de largos años de victoriosa agitación revolucionaria.

Bajo este régimen, no sólo se habían desarrollado las fuerzas obreras, canalizadas en dirección reformista, sino también las fuerzas del capital y la burguesía. Las energías más inexpertas de la reacción se habían consumido en el intento de atacar la Revolución desde fuera. Las más sagaces operaban dentro de la Revolución, en espera de que sonase la hora de una acción termidoriana.* [*Revanchista: Robespierre fue derrocado por sus enemigos el 9 de Termidor]

El Estado Mexicano no era, ni en la teoría ni en la práctica, un Estado socialista. La Revolución había respetado los principios y las formas del capitalismo. Lo que este Estado tenía de socialista consistía en su base política obrera. Por moderada que fuese su política, la CROM como organización de clase, tenía que acentuar día a día su programa de socialización de la riqueza. Pero, al mismo tiempo que la clase obrera, se solidificaba dentro del régimen creado por la Revolución, la clase capitalista. Y ésta tenía en su favor una mayor madurez política. Los elementos pequeño-burgueses, los caudillos militares de la Revolución, colocados entre las dos influencias, tenían que ceder regularmente a la influencia capitalista.

Así se ha ido preparando el conflicto que ha hecho explosión: un poco precipitado, con el asesinato del Presidente electo General Obregón, el único caudillo que habría podido prolongar, después de Calles, el compromiso entre las dos fuerzas rivales.

La CROM entra en combate en condiciones y momentos desfavorables. Su estado mayor reformista -Morones y sus tenientes- no puede pasar de una práctica pacífica, legal, evolucionista, a la lucha contra el poder. Morones ha pronunciado, en la última convención de la CROM, discursos ardorosos y polémicos; pero en ellos no ha llegado a la afirmación del derecho y la voluntad de la clase obrera de tomar en sus manos el gobierno, apenas su situación y fuerzas se lo consientan. Se ve bien claramente que Morones no renuncia a su oportunismo, y que confía más en la posibilidad de explotar las divisiones y rivalidades entre los caudillos que en la posibilidad de llevar a las masas obreras a una política netamente revolucionaria. El recurso de llevar a Calles a la convención ha sido una maniobra de este género de estrategia.

Tiene, por esto, mucha trascendencia y significación el esfuerzo que despliegan varias organizaciones obreras revolucionarias, independientes de la CROM, por establecer un frente único proletario, que comprenda todos los sectores activos, a través de una asamblea nacional campesina. El grito de orden del Partido Comunista y de las agrupaciones obreras y campesinas que lo siguen es éste: "¡Viva la CROM! ¡Abajo su Comité Central!". Todas las fuerzas obreras son llamadas en auxilio de la CROM, en su lucha contra la ofensiva reaccionaria. Se condena toda inclinación intransigente a dar vida a una nueva central. Se comprende que la CROM constituye un punto de partida, que el proletariado no debe perder.

La Revolución afronta su más grave prueba. Y México es hoy, más que nunca, el campo de una experiencia revolucionaria. La política de clases entra en ese país en su etapa más interesante.

* Publicado en Variedades: Lima, 19 de Enero de 1929.

- DOS GENERACIONES Y DOS HOMBRES: HENRI DE MONTHERLANT Y ANDRE CHAMSON*

André Chamson, el escritor de *L'Homme contre l'histoire** y de *La Revolución del 19* (Europe, Nos. 70 y 71), habla a nombre de la generación que cumplió diez y ocho a veinte años en 1918. La adolescencia de esta generación transcurrió bajo el régimen -disciplina y desorden- de la guerra. Raymond Radiguet decía, con coquetería infantil, que para esta generación la guerra había sido unas vacaciones demasiado largas. *Le Diable au Corps*** corresponde, como documento, a esta apreciación. Pero otros testigos, otros documentos, no consienten atenerse a esta frase de joven y precoz literato, parisinamente pronto a la rigolade.*** André Chamson, por ejemplo, en su reciente versión del estado de ánimo, de la experiencia espiritual de esta generación que no llegó a las trincheras, y que por esto no conoció su intoxicación, nos persuade de que en la conciencia de esa juventud la guerra planteó esos problemas de la concepción misma de la vida y el mundo que a pocas generaciones toca afrontar. Para esta generación la guerra fue, dice Chamson, «una obligación moral de trabajo y de meditación». La verdad profunda de esta adolescencia singular y dramática dista mucho de la pueril imagen escolar registrada por Radiguet.

[* El hombre contra la historia. / ** El Diablo en el cuerpo. / *** Broma]

Esta generación se siente, ante todo, una generación de mayores. Los que pasaron los primeros años de su juventud en las trincheras ingresaban en la vida con una distinta preparación psíquica y conceptual. No les había sido dado este tremendo y patético esfuerzo de revisar desde sus bases las ideas en curso normal, obligatorio, antes de la guerra. Perteneían, quizá, al pasado, mucho más que sus inmediatos predecesores. «La guerra los alejó de nosotros -escribe Chamson- e hizo de ellos otros hombres. ¿Qué clase de hombres? No nos corresponde decirlo. Pero cuando, restablecida la paz, se

comprimieron las generaciones disminuidas y ellos vinieron a ocupar sus puestos a nuestro lado y entraron en la vida con nosotros, tuvimos la impresión de habernos tornado sus mayores o, al menos, de haber roto los lazos que debían unirnos a ellos. La generación que nos precedía devino nuestra hermana menor. Había guardado, ante la muerte posible, ese espíritu de juego que nosotros habíamos perdido a hora temprana. Los ocios y los estudios, las más simples necesidades de la vida nos parecían contener más elementos de madurez que las batallas: el guerrero seguía siendo un niño o se transformaba en otro hombre. Una separación moral sobrevivía así a la separación material».

Montherlant, que acaba de causar tanta curiosidad y comentario con la publicación de *Aux Fontaines du Desir*,* es un representante extremo de esa generación que «pasó sus primeros años en las trincheras y que guardó ante la muerte posible, un espíritu de juego». Apologista del deporte y del torneo, deportista y toreador, toda su fuerza, todo su arte, no lo libran de la clasificación de decadente. Su decadentismo es mucho menos retórico y bizantino que el decadentismo d'annunziano -no hay que olvidar los años que los separan-; pero ni su tono ni su brío agresivos, disimulan su fondo finisecular. La pasión con que Montherlant busca el placer, el goce, se alimenta todavía de los sentimientos del combatiente, mejor, del sobreviviente. Después de la gran prueba, en medio de un mundo que no se muestra muy seguro, y que por un largo momento ha dado la impresión de derrumbarse, el ansia instintiva de su generación es un ansia irrefrenada de gozar. Montherlant profesa un hedonismo y un egotismo absolutos. Su actitud puede valer para el artista de talento, capaz de sacar partido de las más extremas aserciones. En él hombre vulgar, en el hombre mediocre, sería insoportable y ridícula. [*A las fuentes del deseo]

El autor de *Aux Fontaines du Desir* desprecia la inteligencia. Le bastan los sentidos y el instinto. Se siente un fuerte y joven animal de presa. El resto no tiene importancia. «Realizando sus deseos -afirma- dicho de otro modo, realizándose a sí mismo, el hombre realiza el absoluto». «No es menester dejar una obra. No es menester haber sido un gran espíritu ni un gran corazón; menos todavía haber obrado (lo que llaman "obrar"). No es menester salvar la patria, ni la humanidad que aparecerá un día, un ideal tan decaído como Dios, ni una idea, pues no hay idea que valga ser salvada, ni el alma, pues el alma no lo necesita. Si yo cumpliera estas nobles tareas; me dejarían torturado de desesperación, cruelmente cierto de haber perdido mi vida y de haber sido burlado. Estoy obsesionado por la locura que representa el esfuerzo de los hombres. No hay sino un fin, que es el de ser dichoso. Noblemente o no. Con o sin la admiración de los hombres. Con o sin el consentimiento de los hombres».

Así hablaría D'Annunzio si tuviese hoy la edad de Henri de Montherlant. Porque esta profesión de fe, esta religión del placer y del instinto, como el propio Montherlant lo reconoce, no sin desesperación -y esta es la nota dramática de su actitud- no tiene valor sino en la juventud victoriosa. «Lo trágico es -dice- que no teniendo fe sino en mis sentidos (siempre el monstruo Sociedad que acecha), no me quedarán sino cosas en las cuales no tengo fe. Si el placer se me escapa, entonces, ¿qué? Hacer de gran hombre durante treinta años. Alzar el mentón en un cuello almidonado. Presidir ligas de patriotas (quiero decir de "europeos" seamos 1928)». Montherlant sabe bien a qué atenerse respecto a los que a la mitad de su vida «eligen una disciplina». No puede ser, según él, sino «a consecuencia de la quiebra de sus sentidos, de la quiebra de su tentativa de vivir una vida abundante y ardiente».

La entonación ultraísta de estas afirmaciones, se explica, en parte, por el carácter polémico de las páginas a que pertenecen: un Epílogo en las Fontains du Desir, en que Montherlant responde a aquellos que, entre los jóvenes y a propósito de este libro, lo han interpelado quejosos. Y, sin duda, al replicar a este auditorio descontento, decepcionado de no encontrar el guía que esperaba, Montherlant contesta en su mejor y más propio acento: «Cuando yo tenía vuestra edad, he seguido a muchos de mis mayores, como es natural. No me habría venido la idea, sin embargo, el anhelar que fuesen otra cosa que ellos mismos y no se apartasen de su ruta para mostrarme la mía. Habría tenido vergüenza por mí de pedirselos, y por ellos si me hubieran obedecido».

Por ser un gesto de juventud exuberante -y a la vez algo enfermiza- el hedonismo y el egotismo absolutos de Montherlant no ofrecen sino un interés literario, cuya estimación depende del valor del artista que los profesa. Como las de D'Annunzio, todas estas explosiones acaban por ceder a un razonable acatamiento de la ética tradicional, del orden burgués, Montherlant no será, probablemente, una excepción de esta regla.

* Publicado en Variedades: Lima, 2 de febrero de 1929.

- LA INSURRECCION EN ESPAÑA*

El general Primo de Rivera ha sorteado, por una serie de circunstancias favorables, el más grave de los peligros que, desde el golpe de estado de Barcelona, han amenazado su aventura reaccionaria. El azar continúa siendo fiel a Primo de Rivera, en su accidentado itinerario del casino al gobierno. Según la crónica cablegráfica, si el ex-Presidente del Consejo, Sr. Sánchez Guerra, hubiese llegado a Valencia, conforme al plan insurreccional, que acaba de abortar, dos días antes, la dictadura habría sido casi seguramente liquidada en algunas horas.

Pero el azar, al mismo tiempo que ha salvado a Primo de Rivera, ha descubierto la flaqueza y el desgaste de su gobierno. La magnitud de la Conjuración militar que ha estado a punto de echar alegre y marcialmente del poder al dictador, indica hasta qué punto está minado el terreno que éste pisa. La conspiración cunde en el ejército —cosa que ya sentía Primo de Rivera desde el proceso al general Wyler y sus compañeros— y en la nobleza. Esto mismo facilita a Primo de Rivera el solícito empleo de las armas de la provocación y el espionaje; pero lo descalifica, aun ante sus propios amigos y padrinos de la monarquía, como régimen militar.

Primo de Rivera, como todos los reaccionarios, no tiene mejor cargo que hacer al régimen parlamentario que el de sus pocas garantías de estabilidad. Los ministerios de los Estados demo-liberales, al decir de los retores o de los simples profiteurs de la reacción, gastan sus mejores energías en defenderse de las conspiraciones y zancadillas parlamentarias. Cualquier oportuna intriga de corredor puede traerlos abajo repentinamente. Las dictaduras establecidas por golpes de mano tan afortunados como el del ex-capitán general de Barcelona, no estarían sujetas a análogos riesgos. Su principal ventaja estribaría en su seguridad. Libres de las preocupaciones

de la política parlamentaria, podrían entregarse absolutamente a una austera y tranquila administración.

Esta es la teoría. Mas la experiencia de Primo de Rivera está muy lejos de confirmarla. La suerte de su gobierno se presenta permanentemente insidiada por una serie de taras internas, a la vez que atacada por toda clase de enemigos externos. Contra la dictadura no se pronuncian solamente los partidos de centro y de izquierda —liberales, republicanos, socialistas, etc— sino también una gran parte de los grupos de la derecha, de la aristocracia, del ejército, del capitalismo. El propio favor del monarca no es muy seguro. De-pende de las ventajas que pueda encontrar eventualmente Alfonso XIII en licenciar a la dictadura, para restablecer -amnistiado por la opinión liberal-, a la Constitución.

Si todos los elementos liberales se hubiesen decidido ya a renunciar a toda indagación de responsabilidades, y a perdonar al rey su escapada a la ilegalidad, hace tiempo, probablemente, que Primo de Rivera habría sido enviado a aumentar la variopinta escala de "emigrados" que las revoluciones han producido en la Europa post-bélica. Unamuno es uno de los más enérgica y eficazmente adversos a la fórmula de "borrón y cuenta nueva". Con el desterrado de Hendaya, coinciden los mejores hombres del liberalismo español, en que la hora de la restauración de la legalidad debe ser también la del ajuste de cuentas con la monarquía, irremisiblemente comprometida por su complicidad con Primo de Rivera.

La situación española, por esto, —a medida que Primo de Rivera y sus mediocres rábulas aparentemente se consolidaban en el poder—, se ha ido haciendo cada día más revolucionaria. La cuestión de régimen que, desde la afirmación de un orden demo-liberal en España, parecía descartada, vuelve a plantearse. El propio Sánchez Guerra, conservador ortodoxo, habría llevado su oposición a la dictadura, a términos de censura y ataque a la monarquía.

La mejor solución para la monarquía habría sido, sin embargo, la victoria de Sánchez Guerra. Es difícil que, dueño del poder, el jefe conservador se hubiese decidido a usar su fuerza contra la institución monárquica. La influencia de la aristocracia, hubiese pesado, en forma muy viva, sobre sus resoluciones. Prisionero y procesado Sánchez Guerra, es inevitable el prevalecimiento, en la oposición, de las tendencias liberal y revolucionaria. La solidaridad del rey Alfonso y de la monarquía con Primo de Rivera se ratifica. Las responsabilidades del rey y del dictador aparecen inseparables. Esto aparte de que Sánchez Guerra resulta el huésped más incómodo de las prisiones de la dictadura. Ya ha habido que afrontar una tentativa para

libertarlo. La prisión y el proceso subrayarán los rasgos de su carácter y energía. Es un hombre al que no se puede mantener indefinidamente en una fortaleza, sin preocupar seriamente a la gente conservadora respecto al régimen bajo el cual se dan casos como éste de rebelión, enjuiciamiento y condena.

El general Primo de Rivera se imagina decir una cosa muy satisfactoria para él cuando afirma que ha pasado la época de las revoluciones políticas y que ahora sólo es temible y posible —¡claro que no en España!— una revolución de causas sociales y económicas. El proletariado revolucionario coincide, sin duda, con Primo de Rivera —con quien es tan difícil coincidir en algo— en la parte afirmativa de su apreciación, en la de que hoy no se puede llamar revolución sino a la que se proponga fines sociales y económicos. Pero, aparte de que su política en general no tienda sino a apurar esta revolución social y política. Primo de Rivera olvida que su régimen no cuenta enteramente con la confianza de la propia clase a nombre de la cual gobierna. La burguesía española en gran parte le es adversa. La propia aristocracia, a pesar de cuanto la halaga el restablecimiento del absolutismo, no le es íntegramente adicta. Y el proletariado, en todo caso, tiene que estar por el restablecimiento de la legalidad; y tiene que operar de modo de ayudar al triunfo de la revolución política, con la esperanza y la voluntad de transformarla en revolución social y económica.

No admitir que ésta es la realidad objetiva de la situación equivaldría a pretender que se puede gobernar indefinidamente a España con la sedicente Unión Patriótica, el señor Yangas, el general Martínez Anido, el señor Calvo Sotelo y doña Concha Espina, contra los elementos solventes de las derechas y contra la unanimidad más uno de las izquierdas.

* Publicado en *Variedades*, Lima, 9 de Febrero de 1929.

- LA LIQUIDACION DE LA CUESTION ROMANA*

El fascismo concluye, en estos momentos, uno de los trabajos para que se sintió instintivamente predestinado desde antes, acaso, de su ascensión al poder. Ni sus orígenes anti-clericales, agresivamente teñidos de paganismo marinettiano y futurista —el programa de Marinetti comprendía la expulsión del Papa y su corte y la venta del Vaticano y sus museos—; ni las reyertas entre campesinos católicos y legionarios fascistas en los tiempos de beligerancia del partido de Don Sturzo; ni las violentas requisitorias de Farinacci entra el anti-fascismo recalcitrante —inittiano addirittura!— del Cardenal Gasparri; ni la condena por los tribunales fascistas de algunos curas triestinos; ni la terminante exclusión del scoutismo católico como concurrente de la organización mussolinista de la adolescencia; ninguno de los actos o conceptos, individuos o situaciones que han opuesto tantas veces el fascio littorio y el cetro de San Pedro, ha frustrado la ambición del Dux de reconciliar el Quirinal y el Vaticano, el Estado y la Iglesia.

¿Quién ha capitulado, después de tantos lustros de intransigente reafirmación de sus propios derechos? Verdaderamente, la cuestión romana, como montaña casi insalvable entre el Quirinal y el Vaticano, había desaparecido poco a poco. Incorporada la Italia del Risorgimento en la buena sociedad europea, el Vaticano había visto tramontar, año tras año, la esperanza de que un nuevo ordenamiento de las relaciones internacionales consintiese la reivindicación del Estado pontificio. Dictaban su ley no sólo a la buena sociedad europea, sino a la sociedad mundial, naciones protestantes y sajonas con muy pocos motivos de aprecio por la ortodoxia romana; le imponía su etiqueta diplomática una nación latina, —Francia—, entregada, desde su revolución, a la más severa y formalista laicidad francmasona. La Iglesia Romana, en el curso del ochocientos, habría dado muchos pasos hacia la democracia burguesa,

separando teórica y prácticamente su destino del de la feudalidad y la autocracia. El liberalismo italiano, a su vez, no había osado tocar el dogma, llevando a su pueblo al protestantismo, a la iglesia nacional. La cuestión romana había sido reducida por los gobernantes del "transformismo" italiano, a las proporciones de una cuestión jurídica. En realidad, descartados sus aspectos político, religioso y moral, no era casi otra cosa. Si el Vaticano aceptaba el dogma de la soberanía popular y, por ende, el derecho del pueblo italiano a adoptar en su organización los principios del Estado moderno, no tenía que reclamar, sino contra la unilateralidad arbitraria de la Ley delle Guarentigie. Esta ley era inválida por haber pretendido resolver, sin preocuparse del consenso ni las razones del Papado, una cuestión que afectaba a sus derechos.

Pero, en tiempos de parlamentarismo demo-liberal, un arreglo estaba excluido por el juego mismo de la política de cámara y pasillos. Aparte de que todos los líderes coincidían tácitamente con la tendencia giolittiana a aplazar, por tiempo indefinido, cualquiera solución. La política —o la administración— giolittiana tenía que ménager de una parte, a los clericales, gradualmente atraídos a una democracia sosegada, progresista, tolerante, exenta de todo excesivo sectarismo, de toda peligrosa duda teológica; y de otra parte, a los demo-liberales y demo-masones, empeñados en sentirse legítimos y vigilantes del patrimonio ideal del Risorgimento.

La crisis post-bélica, la transformación cada día más acentuada de la política de partidos en política de clases, la consiguiente aparición del partido popular italiano bajo la dirección de Don Sturzo, cambiaron después de la guerra los términos de la situación. La catolicidad, que políticamente había carecido hasta entonces en Italia de representación propia, comenzó a disponer de una fuerza electoral y parlamentaria que pesaba decisivamente, dada la actitud de los socialistas, en la composición de la mayoría y el gobierno.

Pero estaba vigente aún la tradición del Estado liberal y laico surgido del Risorgimento. La distancia entre el Estado y la Iglesia se había acortado. Mas el Estado no podía dar, por su parte, el paso indispensable para salvarla. La Iglesia, a su vez, esperaba la iniciativa del Estado. Histórica y diplomáticamente, no le tocaba abrir las negociaciones.

Mussolini ha operado en condiciones diversas. En primer lugar, el gobierno fascista, como he recordado ya en otra ocasión, tratando este mismo tópico¹, no se considera vinculado a los conceptos que inspiraron invariablemente a este respecto, la política de los anteriores gobiernos de Italia. Frente a la "cuestión romana", como frente a todas las otras

cuestiones de Italia, el fas-cismo no se siente responsable del pasado. El fascismo pregona su voluntad de construir el Estado fascista sobre bases y principios absolutamente diversos de los que durante tantos años ha sostenido el Estado liberal. El Estado fascista aspira a ser la antítesis y la negación del Estado liberal. Al mismo tiempo, el fascismo desenvuelve, con astuto oportunismo, una política de acercamiento a la Iglesia, cuyo rol como instrumento de italianidad y latinidad ha sido imperialistamente exaltado por Mussolini. En materia religiosa, el fascismo ha realizado el programa del partido popular o católico fundado en 1919 por Don Sturzo. Lo ha realizado a tal punto que ha hecho inútil la existencia en Italia de un partido católico. (Hay que agregar que, en ningún caso, después del Aventino, la habría permitido como existencia de un partido democrático). "El Papa puede despedir a Don Sturzo", escribía ya hace cinco años Mario Missiroli. El acercamiento del fascismo, a la Iglesia, no sólo se ha operado en el orden práctico, mediante una restauración más o menos política en la escuela. También se ha intentado la aproximación en el orden teórico. Los intelectuales fascistas de Gentile, a Giusso y Pellizzi, se han esmerado en el elogio de la Iglesia. Los más autorizados teóricos del fásccio littorio, han encontrado en el tomismo no pocos de los fundamentos filosóficos de su doctrina. La ex-comunión de L'Action Française, ha comprometido un poco esta demarche reaccionaria. Frente al mismo fascismo, el Vaticano ha reivindicado discretamente el concepto católico del Estado, incompatible con el dogma fascista del Estado ético y soberano.

Mas, si a este respecto el acuerdo resultara siempre difícil, no ocurría lo mismo con la "cuestión romana". Precisamente, en este terreno, el fascismo podía ceder sin peligro. Y reconocer al Papado la soberanía sobre los palacios vaticanos, una indemnización y otras prerrogativas, no es ceder demasiado. Lo mismo habría dado, presuroso, Cavour. Sólo que entonces habría parecido muy poco.

* Publicado en Variedades, Lima, 16 de Febrero de 1929.

- EL EXILIO DE TROTSKY*

Trotsky, desterrado de la Rusia de los Soviets: he aquí un acontecimiento al que fácilmente no puede acostumbrarse la opinión revolucionaria del mundo. Nunca admitió el optimismo revolucionario la posibilidad de que esta revolución concluyera, como la francesa, condenando a sus héroes. Pero, sensatamente, lo que no debió jamás esperarse es que la empresa de organizar el primer gran estado socialista fuese cumplida por un partido de más de un millón de militantes apasionados, con el acuerdo de la unanimidad más uno, sin debates ni conflictos violentos.

La opinión trotskista tiene una función útil en la política soviética. Representa, si se quiere definirla en dos palabras, la ortodoxia marxista, frente a la fluencia desbordada e indócil de la realidad rusa. Traduce el sentido obrero, urbano, industrial, de la revolución socialista. La revolución rusa debe su valor internacional, ecuménico, su carácter de fenómeno precursor del surgimiento de una nueva civilización, al pensamiento de Trotsky y sus compañeros reivindicados en todo su vigor y consecuencias. Sin una crítica vigilante, que es la mejor prueba de la vitalidad del partido bolchevique, el gobierno soviético correría probablemente el riesgo de caer en un burocratismo formalista, mecánico.

Pero, hasta este momento, los hechos no dan la razón al trotskismo desde el punto de vista de su aptitud para reemplazar a Stalin en el poder, con mayor capacidad objetiva de realización del programa marxista. La parte esencial de la plataforma de la oposición trotskista es su parte crítica. Pero en la estimación de los elementos que pueden insidiar la política soviética, ni Stalin ni Bukharin andan muy lejos de suscribir la mayor parte de los conceptos fundamentales de Trotsky y sus adeptos. Las proposiciones, las soluciones trotskistas no tienen, en cambio, la misma solidez. En la mayor

parte de lo que concierne a la política agraria e industrial, a la lucha contra el burocratismo y el espíritu nep, el trotskismo sabe de un radicalismo teórico que no logra condensarse en fórmulas concretas y precisas. En este terreno, Stalin y la mayoría, junto con la responsabilidad de la administración, poseen un sentido más real de las posibilidades.

La revolución rusa que, como toda gran revolución histórica, avanza por una trocha difícil, que se va abriendo ella misma con su impulso, no conoce hasta ahora días fáciles ni ociosos.¹ Es la obra de hombres heroicos y excepcionales, y, por este mismo hecho, no ha sido posible sino con una máxima y tremenda tensión creadora. El partido bolchevique, por tanto, no es ni puede ser una apacible y unánime academia. Lenin le impuso hasta poco antes de su muerte su dirección genial; pero ni aún bajo la inmensa y única autoridad de este jefe extraordinario, escasearon dentro del partido los debates violentos. Lenin ganó su autoridad con sus propias fuerzas; la mantuvo, luego, con la superioridad y clarividencia de su pensamiento. [1 La primera parte de este párrafo, que se refiere a anteriores opiniones de J. C. M. aparecidas en *Varietades* acerca de la separación de Trotsky del Partido Comunista ruso, fue suprimida por el autor en el original que conservamos. (N. de los E.)]

Sus puntos de vista prevalecían siempre por ser los que mejor correspondían a la realidad. Tenían sin embargo, muchas veces que vencer la resistencia de sus propios tenientes de la vieja guardia bolchevique.

La muerte de Lenin, que dejó vacante el puesto del jefe genial, de inmensa autoridad personal, habría sido seguida por un período de profundo desequilibrio en cualquier partido menos disciplinado y orgánico que el partido comunista ruso. Trotsky se destacaba sobre todos sus compañeros por el relieve brillante de su personalidad. Pero no sólo le faltaba vinculación sólida y antigua con el equipo leninista. Sus relaciones con la mayoría de sus miembros habían sido, antes de la revolución, muy poco cordiales. Trotsky, como es notorio, tuvo hasta 1917 una posición casi individual en el campo revolucionario ruso. No pertenecía al partido bolchevique, con cuyos líderes, sin exceptuar al propio Lenin, polemizó más de una vez acremente. Lenin, apreciaba inteligente y generosamente el valor de la colaboración de Trotsky, quien, a su vez, -como lo atestigua el volumen en que están reunidos sus escritos sobre el jefe de la revolución-, acató sin celos ni reservas una autoridad consagrada por la obra más sugestiva y avasalladora para la conciencia de un revolucionario. Pero si entre Lenin y Trotsky pudo borrarse casi toda distancia, entre Trotsky y el partido mismo la identificación no pudo ser igualmente completa. Trotsky no contaba con la confianza total del partido, por mucho que su actuación como comisario del pueblo mereciese unánime admiración. El mecanismo del partido estaba en manos de hombres de la vieja guardia leninista que sentían siempre un poco extraño y ajeno a Trotsky, quien, por su parte, no

conseguía consustanciarse con ellos en un único bloque. Trotsky, según parece, no posee las dotes específicas de político que en tan sumo grado tenía Lenin. No sabe captarse a los hombres; no conoce los secretos del manejo de un partido. Su posición singular —equidistante del bolchevismo y del menchevismo— durante los años corridos entre 1905 y 1917, además de desconectarlo de los equipos revolucionarios que con Lenin prepararon y realizaron la revolución, hubo de deshabituarlo a la práctica concreta de líder de partido.

Mientras duró la movilización de todas las energías revolucionarias contra las amenazas de la reacción, la unidad bolchevique estaba asegurada por el pathos bélico. Pero desde que comenzó el trabajo de estabilización y normalización, las discrepancias de hombres y de tendencias no podían dejar de manifestarse. La falta de una personalidad de excepción como Trotsky, habría reducido la oposición a términos más modestos. No se habría llegado, en ese caso, al cisma violento. Pero con Trotsky en el puesto de comando, la oposición en poco tiempo ha tomado un tono insurreccional y combativo al cual la mayoría y el gobierno no podían ser indiferentes. Trotsky, por otra parte, es un hombre de cosmópolis. Zinoviev lo acusaba en otro tiempo, en un congreso comunista, de ignorar y negligir demasiado al campesino. Tiene, en todo caso, un sentido internacional de la revolución socialista. Sus notables escritos sobre la transitoria estabilización del capitalismo, lo colocan entre los más alertas y sagaces críticos de la época. Pero este mismo sentido internacional de la revolución, que le otorga tanto prestigio en la escena mundial, le quita fuerza momentáneamente en la práctica de la política rusa. La revolución rusa está en un período de organización nacional. No se trata, por el momento, de establecer el socialismo en el mundo, sino de realizarlo en una nación que, aunque es una nación de ciento treinta millones de habitantes que se desbordan sobre dos continentes, no deja de constituir por eso, geográfica e históricamente, una unidad. Es lógico que en esta etapa, la revolución rusa esté representada por los hombres que más hondamente sienten su carácter y sus problemas nacionales. Stalin, eslavo puro, es de estos hombres. Pertenece a una falange de revolucionarios que se mantuvo siempre arraigada al suelo ruso. Mientras tanto Trotsky, como Radek, como Rakovsky, pertenece a una falange que pasó la mayor parte de su vida en el destierro. En el destierro hicieron su aprendizaje de revolucionarios mundiales, ese aprendizaje que ha dado a la revolución rusa su lenguaje universalista, su visión ecuménica.

La revolución rusa se encuentra en un período forzoso de economía. Trotsky, desconectado personalmente del equipo stalinista, es una figura excesiva en un plano de realizaciones nacionales. Se le imagina

predestinado para llevar en triunfo, con energía y majestad napoleónicas, a la cabeza del ejército rojo, por toda Europa, el evangelio socialista. No se le concibe, con la misma facilidad, llenando el oficio modesto de ministro de tiempos normales. La Nep lo condena al regreso de su beligerante posición de polemista.

* Publicado en Variedades, Lima, 23 de Febrero de 1929.

- VEINTICINCO AÑOS DE SUCESOS EXTRANJEROS

LOS veinticinco años de la existencia de Variedades* corresponden a uno de los períodos más singularmente intensos y agitados de la historia mundial. Es improbable que alguna vez se hayan sucedido y agolpado en sólo 25 años acontecimientos tan decisivos para los destinos de la humanidad. Los veinticinco años que comprenden la revolución francesa, la grandeza y decadencia de Napoleón y las primeras jornadas de la emancipación hispano-americana (1789-1814) son, en la historia de la civilización occidental, los que más se prestan a la comparación con los que el mundo empezó a vivir en 1904. Ese cuarto de siglo fue también el del advenimiento tempestuoso de un orden nuevo. Pero el radio de la revolución liberal no abarcó sino a Europa y a América. Y en Europa misma encontró inexpugnables, al Este, los bastiones de la feudalidad y el absolutismo. En tanto, los acontecimientos dominantes del último cuarto de siglo han rebasado todos los límites. Su escenario ha estado en los cinco

continentes. [*En tanto que otros escritores tomaban a su cargo una sumaria revisión de la actividad política, literaria o periodística desarrollada durante el cuarto de siglo que cumpliera, en 1929, la publicación de **Variedades** -y de **Prisma**, su antecesora-, José Carlos Mariátegui encaró la síntesis de los sucesos extranjeros. Eran éstos de su competencia, pues en la mencionada revista escribía semanalmente bajo el rubro genérico de **Figuras y aspectos de la vida mundial**; pero a cualquier otro que no hubiera poseído su experiencia, su dominio del tema o su justa visión de la época, le hubiera sido difícil cumplir airoosamente la tarea dentro de los límites forzosamente estrechos de un ensayo periodístico. El propio José Carlos Mariátegui destacaba la dificultad de la síntesis -en párrafo que suprimimos del texto, porque interrumpe la inicial caracterización del mundo contemporáneo- e, implícitamente, disculpaba las necesarias omisiones de los hechos secundarios. Decía: «Una revista de todos estos sucesos, por sumaria y concisa que fuera, exigiría un entero volumen. Sólo una parte de los artículos en que estudié, de 1923 a 1925, los principales acontecimientos del mundo post-bélico, componen un libro: **La Escena Contemporánea** (Lima, Editorial Minerva, 1925). Tengo que limitarme en este artículo, a seguir como los grandes expresos, un itinerario rápido, deteniéndome brevemente nada más que en las principales estaciones del trayecto».

Alguna vez llama «crónicas a su ensayo, para dar a entender que sólo se propone la relación precisa y escueta de los hechos. Pero aquí y allá apunta algún concepto sobre la situación económica, sobre el equilibrio de las fuerzas políticas, sobre el grado de desarrollo de las agrupaciones revolucionarias y la firmeza de su ideología, o sobre el entrecruzamiento de las influencias internacionales. De manera que constantemente rebasa los alcances de la "crónica", orientándose hacia el estudio crítico. Y, para mayor abundamiento, agrega un «breve epílogo», con el objeto de trazar la evolución de la filosofía social durante el lapso en cuestión.

Véase las ediciones de **Variedades** correspondientes a 6 y 13 de marzo de 1929. (A.T.)]

Ya el primero de estos acontecimientos, la guerra ruso-japonesa, importaba el definitivo ingreso del Asia en la historia occidental. Surgió una nueva

gran potencia, el Japón, y se esbozó en el horizonte la rivalidad yanqui-japonesa por el dominio del Pacífico. El Asia cesaba de ser única y esencialmente un inmenso campo de expansión del imperialismo blanco. Una nación asiática, armada de la ciencia y de las máquinas de Europa, tomaba asiento en el consejo de las grandes potencias. Luego, el proceso de occidentalización de la China desencadenó en este dormido pueblo la revolución democrática que, abatida la monarquía, tomó su carácter social y clasista. Empezó el movimiento autonomista de la India y del Egipto, que afirmaba el despertar de los pueblos de Asia y África.

El Imperio de los Zares sufrió su primera gran derrota en la guerra con el Japón. Desde su ataque a la China, el Japón había demostrado su intención de abrirse paso en el Asia. Su ambición estaba puesta en la Manchuria, hasta donde estiraba su garra el Imperio Ruso. Rusia no estaba en grado de disputar una colonia de esta situación a un pueblo con mejor organización capitalista. El Imperio de los Zares era, por su estructura y su economía, un imperio político-militar de antiguo tipo. Mientras debía su propio desarrollo industrial a capitales y técnicos extranjeros, Rusia pretendía mantener y dilatar un inmenso dominio colonial. Su política molestaba y contrariaba los planes del imperialismo británico que encontró una manera de quebrantarla por mano ajena, alentando el naciente imperialismo japonés.

El Japón, técnicamente mejor preparado que Rusia para la guerra, expulsó a los rusos del territorio que codiciaba. La flota japonesa deshizo la armada rusa del Báltico, enviada por Rusia al Extremo Oriente, asegurándose desde ese momento el dominio del mar.

La victoria japonesa rectificó a expensas de Rusia el status vigente hasta entonces en el Extremo Oriente en el reparto colonial. El Japón recibió en virtud del tratado de paz, la parte meridional de la isla de Sakhalin y el sur de la península de Liao-Tung con las ciudades de Dalny y Puerto Arturo. La Corea quedó definitivamente bajo el poder del Japón, que estableció con la anexión de una parte de Liao-Tung, las bases de su actual posición en la Manchuria.

La guerra tuvo profunda resonancia en la situación política y social de ambos países, particularmente en la del país vencido, donde la ola de descontento popular amenazó seriamente en 1905 la estabilidad del zarismo.

1905-1914: EUROPA PRE-BELICA

Todo el período que concluye con la declaratoria de guerra se caracteriza, no obstante la política de deliberada preparación bélica, por una aparente afirmación de las fuerzas democráticas y pacifistas. No existía ninguna seria garantía jurídica para el mantenimiento de la paz. Pero se confiaba optimistamente en que el solo progreso moral e intelectual de los pueblos europeos constituía un dique inexpugnable frente al oleaje de las pasiones nacionales. La paz estaba protegida, en la opinión de la mayoría, por una nueva conciencia internacional. La política exterior de todas las grandes potencias se atribuía como fin supremo la paz. Y el propio Kaiser Guillermo II, tan proclive a los desplantes marciales, gustaba de la pose pacifista.

La democracia liberal-burguesa se encontraba en su apogeo en Occidente. Y estaba tan segura de sus propias fuerzas, que no parecía preocuparla demasiado el hecho de que el equilibrio europeo dependiese en gran parte de estados como Rusia zarista, donde la política extranjera estaba completamente en manos de una monarquía absoluta, fuera de todo control parlamentario. El poder e influencia de los partidos socialistas habían aumentado incesantemente. La implantación del sufragio popular parecía destinada a transferir gradualmente el dominio del parlamento a los socialistas.

Este se presentaba como otro poderoso factor de paz. Pero, de una parte, la ascensión electoral del proletariado no se había operado sin un progresivo aburguesamiento de los partidos socialistas y de sus representaciones parlamentarias; y, de otra parte, a medida que el socialismo se había convertido en un movimiento de masas, con activa participación en la política de cada país, su organización internacional, en apariencia acrecentada, descansaba, en cuanto a solidaridad revolucionaria e internacionalista, en un complicado juego de compromisos. En los principales congresos de la Internacional, anteriores a 1914, se planteó con apremio la cuestión de las medidas que debían emplear los partidos socialistas contra la guerra, en caso de inminencia bélica, pero no se llegó a conclusiones concretas. La política de la Internacional se basaba en una excesiva autonomía de sus secciones en los asuntos nacionales, y era imposible que este mecanismo no afectara a su coordinación y disciplina en materia internacional.

El Imperio Británico había consolidado su hegemonía mundial. Las finanzas, el comercio y las ideas británicas dominaban directa e indirectamente en todas partes. Inglaterra había celebrado con Rusia y Francia un pacto de alianza que ponía a sus flancos a estas dos potencias, después de muchos años de tradicional hostilidad o desconfianza. Tenía, independientemente, un tratado de alianza con el Japón que, en virtud de

este pacto, asumía, tácitamente, la función de gendarme de reserva del imperialismo inglés en el Extremo Oriente. Estados Unidos no aspiraba, por el momento, sino a proseguir su estupendo desarrollo económico nacional que ofrecía aún un campo de inversiones al capital europeo. El imperio yanqui, aun formulado ya su evangelio expansionista, distaba mucho de anunciarse como un victorioso rival del Imperio británico. La amenaza venía de Alemania que, en veloz progreso industrial y económico, hacía a la Gran Bretaña, en gran número de mercados, una competencia cada vez más inquietante. Alemania se sentía destinada a conquistar el primer puesto. Esta era una convicción en la que acompañaban al Kaiser así los profesores universitarios como los capitanes de industria. El libro de Spengler *Das Untergang des Abenlandes*, es, en cierto aspecto, un reflejo póstumo de la conciencia alemana antes del fracaso de su ilusión imperialista. En Alemania, este proceso de desarrollo y expansión capitalista encontraba en la estructura y la mentalidad feudal y militar de la monarquía un inmediato encauzamiento a la preparación guerrera. Menos diestra políticamente que Inglaterra y más limitada por sus posibilidades, Alemania no pudo escoger libremente sus aliados. Tuvo que contentarse con ser el eje de una triple alianza en la que tenía a su lado a Austria e Italia, históricamente mal avenidas. Su diplomacia no previno, al menos, la posibilidad de un convenio entre Italia y Francia, conforme al cual la primera se obligaba a permanecer neutral, en caso de guerra con una de sus aliadas, si la segunda era agredida. El Canciller alemán sentía tan segura, tan inexpugnable la posición de su patria que, cuando alguien en el Reichstag aludió al convenio, declaró que el Imperio bien podía consentir a su aliada «una pequeña vuelta de vals» con Francia.

Francia, cuya clase dirigente nunca había renunciado a una eventual futura reivindicación de Alsacia-Lorena, había hallado en la alianza con Inglaterra, negociada por Delcassé, su más sólida garantía contra el prepotente crecimiento alemán. En realidad sus dos alianzas, la vinculaban inexorablemente a una política antigermana, a la cual Francia no podría en adelante sustraerse para actuar según su propio arbitrio. Rusia tenía intereses antagónicos con los Imperios Centrales en los Balcanes y el Oriente, oposición que llegó a pesar en su política más que sus viejos resentimientos y rivalidades con el imperialismo británico. Inglaterra desde el momento en que Alemania aspiraba abiertamente a reemplazarla en la hegemonía mundial, tenía que dirigir todos sus esfuerzos contra ese Estado.

La política europea reflejaba, simplemente, en todas estas tendencias y problemas, las contradicciones de la economía capitalista, arribada a la meta de su desenvolvimiento. Por una parte, la democracia parlamentaria y el sufragio universal, elevaban al gobierno programas y partidos que

repudiaban la diplomacia secreta y propugnaban una política de paz, la reducción de armamentos y la proscripción de la guerra; por otra parte, el interés imperialista constreñía a los estados a anular en la práctica este progreso, continuando y aumentando su preparación bélica.

1914-1918: LA GRAN GUERRA

El juicio de las responsabilidades de la guerra europea está aún abierto. Ninguna duda cabe respecto a las intenciones agresivas y a los planes imperialistas del Kaiser alemán. Pero ninguna duda cabe tampoco acerca de las maniobras con que Inglaterra, Rusia y Francia, aunque no fuera más que proponiéndose dar jaque mate al Kaiser, conducían a Europa a la guerra. Los términos humillantes en que Austria trató a Servia, exigiéndole reparación por el asesinato de Sarajevo, no habrían sido tan inexorables y duros, si Austria, que sabía que tras de Servia estaba Rusia, no se hubiese sentido incondicionalmente respaldada, si no excitada, por Alemania. Rusia, a su vez, no habría sostenido tan resueltamente a Servia ni habría marchado tan de prisa a la movilización, si no hubiese estado segura de que tanto Francia como Inglaterra, se habrían de lanzar con ella contra los Imperios Centrales. Un hombre de gobierno de uno de los principales pueblos combatientes, Lloyd George, ha convenido en que la tesis más prudente es la de que a la guerra se llegó no por premeditada y exclusiva voluntad de una sola de las partes, sino por una serie de actos irreflexivos, de todos o casi todos los beligerantes, que hicieron finalmente inevitable el conflicto armado. Las memorias del embajador de Francia en Rusia, hasta 1912, Georges Louis, entre otros documentos, acreditan la complicidad de la Cancillería francesa con los manejos de la diplomacia zarista más intrigante y peor intencionada. Escritores franceses como Fabre Luce y M. Morhardt, han demostrado en sus libros, documentada y seriamente, la inconsistencia de la versión que atribuye a los Imperios Centrales la responsabilidad total de la guerra, eximiendo de culpa a los gobiernos aliados.

La crónica registra en el siguiente orden los hechos que señalaron el comienzo de la guerra: El 24 de junio Austria-Hungría envió a Servia un ultimátum para que le diese amplia reparación por el asesinato del príncipe heredero del Imperio en Sarajevo, reprimiendo a los cómplices y la propaganda anti-austríaca. Poincaré y Viviani habían visitado al Zar, poco antes, en el instante de mayor tensión de las negociaciones. Todo hacía esperar entonces el ultimátum austríaco. Hay sobrado indicio de que Poincaré, lejos de emplear su esfuerzo en un sentido de moderación y prudencia, alentó con su lenguaje al Zar y a su ministro Sazonof a mantener una actitud inflexible frente a Austria, sin preocuparse de las

consecuencias. El gobierno serbio, evidentemente manejado por Rusia, respondió al ultimátum de Austria en forma inconcluyente y, en algunos puntos, reticente y dilatoria. El 28 de junio, un mes después del crimen de Sarajevo, Austria declaraba la guerra a Servia. El 29 presentó Sazonof al Zar el úkase de movilización general. El Zar lo substituyó, por el momento, por una orden de movilización parcial; pero el 30 Sazonof le arrancó la movilización general. Este acto equivalía a decidir la guerra. El 31 de julio Alemania dirigía un ultimátum a Rusia y Francia; el 19 de agosto declaraba la guerra a la primera y el 2 a la segunda.

Alemania sabía que el éxito de sus operaciones contra Francia, dependía de la posibilidad de asestar a su poder militar golpes fulminantes y decisivos. Su ejército se lanzó al ataque a través de Bélgica violando la neutralidad de ese país. Invocando este hecho, Inglaterra entró en la guerra, al lado de sus aliados, el 4 de agosto. Menos de una semana había bastado para que la conflagración se encendiese en toda Europa.

La crónica de la guerra misma se resume en las siguientes fechas y sucesos salientes:

- 3-12 de setiembre de 1914, Batalla del Marne. Francia contiene victoriosa el avance de los alemanes. Parada así la ofensiva, comienza entre los dos ejércitos, en un extensísimo frente, una guerra de trincheras que se prolonga hasta el armisticio.
- 26-29 de agosto de 1914, rechazo de los rusos en Tanenberg.
- 6 de agosto de 1915, entrada de los alemanes en Varsovia.
- 23 de mayo de 1915, Italia declara la guerra a Austria-Hungría, reivindicando Trento y Trieste.
- 21-26 de febrero de 1916, Batalla de Verdún.
- 4 de junio de 1916, ofensiva rusa dirigida por el general Brussilov, en el frente de Volhynia y Bukovina.
- 27 de agosto de 1916, Rumania se une a los aliados.
- Julio-noviembre de 1916, ofensiva franco-británica del Somme.
- 7 de diciembre de 1916, los alemanes ocupan Bucarest.
- 12 de diciembre de 1916, Alemania propone la apertura de negociaciones de paz.
- Marzo-agosto de 1917, ofensiva italiana del Carso.
- 4 de abril de 1918, Estados Unidos declara la guerra a Alemania.
- 3 de marzo de 1918, Alemania y Rusia suscriben la paz en Brest-Litovsk.
- 21 de marzo de 1918, Batalla «del Kaiser», en un frente de 400 kilómetros, en la Picardía y Flandes.
- 27 de mayo de 1918, Chemin des Dames.
- 18 de junio, Capitulación de Austria-Hungría, a consecuencia de la victoria italiana de Vittorio Veneto.
- 11 de noviembre de 1918, Capitulación de Alemania.

La fecha que cierra el período bélico es la de la suscripción del tratado de paz de Versalles el 28 de junio de 1919.

REVOLUCION RUSA

La guerra con el Japón precipitó en Rusia los acontecimientos revolucionarios que venían madurando en ese país desde mucho tiempo atrás. Pero no existía aún en Rusia una sólida organización revolucionaria. Los grupos liberales burgueses se caracterizaban por su optimismo. El partido bolchevique, que en 1917 debía conducir victoriosamente a las masas a la Revolución, daba sus primeros pasos. En 1903 se había separado de los mencheviques, pero había mantenido aún lazos de acción común con esta fracción que sostenía la tesis del carácter necesariamente liberal burgués de esa etapa revolucionaria, subestimando el rol del proletariado en su proceso. La insurrección de 1905 fue dominada; pero, intimidado por la agitación revolucionaria en el país, el Zar ofreció en un manifiesto la Constitución y el Parlamento.

Estas promesas fueron burladas bajo la presión de los elementos reaccionarios; pero la experiencia de 1905, inteligentemente utilizada por los bolcheviques, sirvió a la creación de una estrategia y un organismo revolucionarios, que, doce años más tarde, iban a permitir al proletariado la conquista del poder. La guerra con los Imperios Centrales condenó a muerte al zarismo. En el curso de la guerra quedó demostrada, a más no poder, la incapacidad y la corrupción de este régimen. Los propios gobiernos aliados, alarmados por la inepticia zarista y el descontento popular, se dieron cuenta de que la sustitución de este gobierno era inevitable y necesaria. Pero aparecía muy riesgosa toda tentativa de canalizar las fuerzas populares.

La falta de víveres se encargó de desencadenarlas. El 10 de marzo se declaró la huelga en las fábricas y tranvías. El 11 los soldados fraternizaron con el pueblo. Los actos del Zar aumentaron la tensión. Un úkase imperial ordenó la suspensión de la Duma. La Duma resistió. La insurrección estalló incontenible. El 14 el zar, conminado a retirarse por Rodzianko, presidente de la Duma, abdicó a favor de su tío el gran duque Miguel. Pero éste, percatado de los peligros de la situación, declaró que no aceptaría el poder sino por mandato de una Asamblea Nacional, elegida por el voto popular. El gobierno provisorio constituido por la Duma, bajo la presidencia del príncipe Livov, y con la participación de Rodzianko, Miliukov y Kerensky, se mostró pronto en desacuerdo con el espíritu revolucionario del movimiento. Kerensky asumió entonces la presidencia del gobierno.

Pero Kerensky no era tampoco el jefe que la revolución necesitaba. Demasiado obsecuente con los gobiernos aliados, que se arrogaban en el

derecho de asesorarlo por intermedio de sus embajadores, no osó romper abiertamente con todas las instituciones y hombres del zarismo. Menos aún osó actuar la política que el pueblo, por órgano de sus consejos de obreros y soldados, reclamaba con creciente instancia: la cesación de la guerra y el reparto de tierras. El partido socialista revolucionario al cual pertenecía Kerensky, reclutaba, sin embargo, sus fuerzas en el campesinado, que era la clase que más sentía ambas reivindicaciones.

La reacción, alentada por las hesitaciones y compromisos de Kerensky, empezó a amenazar las conquistas revolucionarias. Por mano del general Kornilov, intentó un golpe de estado que encontró alertas y vigilantes a las fuerzas proletarias, dirigidas cada vez con mayor autoridad, por el Partido Bolchevique.

Lenin, líder y animador de este partido, revolucionario y estadista genial, a quien la crítica menos sospechosa de parcialidad reconoce los rasgos y la grandeza de un Cromwell, encontró en la fórmula, «todo el poder a los Soviets», la voz de orden que debía llevar la victoria a la revolución. Los soviets de obreros y soldados tenían el control de la situación, y al influjo de una enérgica propaganda y de un programa claro y realista, pronto se pronunciaron a favor del bolchevismo.

El 24 de octubre, el gobierno provisorio de Kerensky fue depuesto por los soviets. En su reemplazo, se constituyó un gobierno revolucionario encabezado por Lenin, quien desde el primer momento manifestó su resolución de instituir un Estado proletario sobre las ruinas del antiguo Estado ruso demolido hasta su cimientos.

No obstante las conspiraciones internas y externas que le ha tocado afrontar, este Estado proletario se mantiene hasta hoy en pie, representando, según todos los testimonios, el único orden posible en Rusia. Dirigido por, hombres escogidos del partido de Lenin, el desarrollo y afianzamiento del Estado Soviético significa la realización victoriosa del Socialismo en un país de 150 millones de habitantes.

LA REVOLUCION ALEMANA

Según la frase de un político del Reich, la revolución alemana, fue, ante todo, «la huelga general de un ejército vencido». La revolución se produjo en Alemania a consecuencia de la derrota, sin que existiera un partido revolucionario con sentido preciso de su misión y del momento. El partido socialista no había tomado posición, contra la guerra. Había votado los créditos bélicos. Sólo en los últimos tiempos se había separado de la

mayoría social-democrática un grupo de diputados opuestos a la guerra. Pero este mismo grupo parlamentario no realizaba un trabajo de preparación revolucionaria. Este trabajo se reducía a los esfuerzos de una minoría dirigida por Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo, León Jogisches, Franz Mehring y otros marxistas que sin descanso habían denunciado y combatido la degeneración parlamentaria y reformista de la social-democracia.

Forzada por los acontecimientos a organizar, a la abdicación del Kaiser, un gobierno revolucionario, la social-democracia no se creyó en grado de prescindir de los partidos burgueses. Los elementos reaccionarios, la oficialidad monárquica, aprovecharon de esta situación para quebrantar el impulso revolucionario, masacrando a las masas y asesinando a sus jefes. Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo cayeron en las jornadas de enero de 1919.

Reprimido el movimiento espartaquista por el gobierno social-democrático, la asamblea nacional elegida en enero dictó en Weimar la Constitución de la República Alemana.

La social democracia, uno de cuyos líderes, Ebert, ocupó la Presidencia de la República en el primer período, perdió el poder bajo la presión de la reacción conservadora, que culminó en 1924 con la elección del mariscal Hindenburg para el segundo período.

En las últimas elecciones volvió a inclinarse la mayoría a izquierda, ganando los socialistas el primer puesto en el Reichstag. Pero la composición del parlamento no consiente sino un gobierno de coalición, y esta fórmula no es viable para los socialistas sin concesiones excesivas a los partidos centrista, democrático y populista, sin los cuales es imposible la organización de un ministerio.

EL FASCISMO EN ITALIA

También en Italia la paz causó una situación revolucionaria. Italia se contaba entre las naciones victoriosas; pero la paz no había satisfecho sus expectativas. La crisis económica que siguió a la guerra agitó a las masas contra el régimen. Los partidos de masas, el Socialista y el Popular, ganaron una resonante victoria en las elecciones de 1919. El Partido Popular o Católico aceptó participar en el gobierno, absteniéndose de toda reserva confesional. Pero el Partido Socialista, dividido en tres corrientes, no se decidió por la colaboración, ni por la revolución. Dominaba en sus rangos dirigentes, lo mismo que en la Confederación General del Trabajo,

una mentalidad parlamentaria, bajo una habitual declamación subversiva. Una fracción del partido, la más joven, se pronunció por la estrategia comunista. Mas, en el Congreso de Livorno se juntaron contra ella las corrientes de centro y derecha. Poco antes se había producido la ocupación de las fábricas por los obreros metalúrgicos; y, ofrecido por Giolitti, el control obrero en la administración de las usinas, la Confederación General del Trabajo había rehusado hacer de ese movimiento el principio de una acción insurreccional, resolviendo la aceptación de las condiciones del gobierno. Aprovechando diestramente esta derrota socialista, esta retirada obrera, Mussolini y su grupo de combatientes lograron encuadrar en el fascismo a una gran parte de la pequeña burguesía descontenta. El Partido Fascista que por un momento había aparecido como una fuerza de defensa del Estado, se impuso fácilmente a un liberalismo abdicante y fraccionado. En noviembre de 1922 el fascismo se apoderó del poder, estableciendo, con la aprobación de un parlamento intimidado, su dictadura.

El régimen fascista, después de suprimir la oposición legal, que realizó su más vigorosa ofensiva a raíz del asesinato del diputado socialista Matteoti, ha reformado la organización del Estado Italiano.

LA REVOLUCION CHINA

La revolución china constituye el signo más extenso y profundo del despertar del Asia. Un pueblo de 400 millones de hombres, a través de este proceso lleno de alternativas y complicaciones, se esfuerza por encontrar la vía de su emancipación.

Hasta sus primeros contactos con la civilización occidental, la China conservó sus antiguas formas políticas y sociales. La civilización china, una de las mayores civilizaciones de la historia, había arribado ya al punto final de su trayectoria. Era una civilización agotada. El contacto con el Occidente, fue más bien que un contacto, un choque. Los europeos entraron en la China con un ánimo brutal y rapaz de depredación y de conquista. Para los chinos era ésta una invasión de bárbaros. Las expoliaciones suscitaron en el alma china una reacción agria y feroz contra la civilización occidental y sus ávidos agentes provocaron un sentimiento xenófobo en el (.....) incubó el movimiento boxer,* que atrajo sobre la China una expedición marcial punitiva de los europeos dirigida por el general alemán

Waldersee. [* El movimiento boxer fue animado por una organización campesina, que demandaba reformas de carácter democrático. Pero la inepta dinastía reinante tuvo miedo a los posibles desbordes del movimiento, y por segunda vez buscó el auxilio de las potencias imperiales-tas, que ya habían contribuido a reprimir la rebelión Taiping, y que recientemente habían acentuado su penetración al establecer el sistema de las concesiones territoriales. El senti-miento anti-extranjero -alentado por el recuerdo de hechos tan ominosos como la «guerra del opio», la acción armada contra la rebelión Taiping y las frecuentes depredaciones- reforzó entonces el movimiento boxer, dándole carácter patriótico. En los manuales de Historia se conoce con el nombre de guerra de los boxer (1900-1901) a la lucha armada contra los inermes demócratas y patriotas chinos, llevada a cabo por ejércitos de las potencias imperialistas -Inglaterra, Alemania, Italia, Francia, Rusia y Japón- con la franca simpatía del impopular

gobierno imperial de China. Irónica y despectivamente la califica José Carlos Mariátegui como «expedición marcial punitiva de los europeos», y de ella parte para explicar la postura de transformación espiritual de China y los progresos del movimiento democrático (A.T.)]

Pero la invasión de las potencias occidentales no llevó sólo a la China sus ametralladoras y sus mercaderes sino también sus máquinas, su técnica y otros instrumentos de su civilización. Penetró en la China el industrialismo. A su influjo la economía y la mentalidad chinas comenzaron a modificarse. Al mismo tiempo, miles de chinos salían de su país, antes clausurado y huraño, a estudiar en las universidades europeas y americanas. Adquirían ahí ideas, inquietudes y emociones que se apoderaban perdurablemente de su inteligencia y de su psicología.

La revolución aparece, así, como un trabajo de adaptación de la política china a una economía y una conciencia nuevas. Las viejas instituciones no correspondían, desde hacía tiempo a los nuevos métodos de producción y las nuevas formas de convivencia. La China está ya bastante poblada de fábricas, de bancos, de máquinas, de cosas y de ideas que no se avienen con un régimen patriarcalmente primitivo.

La revolución china principió formalmente en octubre de 1911, en la provincia de Hu-Peu. La dinastía manchú se encontraba socavada por los ideales liberales de la nueva generación y descalificada, -por su conducta ante la represión europea de la revuelta boxer-, para seguir representando el sentimiento nacional. No podía, por consiguiente, poner una resistencia seria a la ola insurreccional.

En 1912 fue proclamada la república. Pero la tendencia republicana no era vigorosa sino en la población del Sur, donde las condiciones de la propiedad y de la industria favorecían la difusión de las ideas liberales sembradas por el doctor Sun Yat Sen y el Partido Kuo-Min-Tang. En el Norte prevalecían las fuerzas del feudalismo y el mandarinismo. Brotó de esta situación el gobierno de Yuan Shi Kay republicano en su forma, monárquico y «tuchun»* en su esencia. Yuan Shi Kay y sus secuaces procedían de la vieja clientela dinástica. Su política tendía hacia fines reaccionarios. Vino un período de tensión extrema entre ambos bandos. Yuan Shi Kay, finalmente, se proclamó emperador. Mas su imperio fue muy fugaz. El pueblo insurgió contra su ambición y lo obligó a abdicar. La historia de la revolución china fue, después de este episodio, una sucesión de tentativas reaccionarias prontamente com-batidas por la revolución. Los conatos de restauración eran invariablemente frustrados por la persistencia del espíritu revolucionario. Pasaron por el gobierno de Pekín diversos «tuchuns». Creció, durante este período, la oposición entre el Norte y el Sur. Se llegó, en fin, a una completa secesión. El Sur se separó del resto del

imperio en 1920; y en Cantón su principal metrópoli, antiguo foco de ideas revolucionarias, constituyese un gobierno republicano presidido por Sun Yat Sen. Cantón, antítesis de Pekín, y donde la vida económica había adquirido un estilo análogo al de Occidente, alojaba las más avanzadas ideas y los más avanzados hombres. Algunos de sus sindicatos obreros permanecían completamente bajo la influencia doctrinal del partido Kuo-Min-Tang; pero otros adoptaban abiertamente la ideología socialista. [*

Gobernador militar. En el período intermedio entre el derrocamiento de la monarquía y la organización de la república, la dirección de las provincias estuvo a cargo de gobernadores militares que, en determinados momentos, hicieron valer su fuerza para pasar por el gobierno de Pekín. En consecuencia, cuando José Carlos Mariátegui agrega que pasaron por el gobierno de Pekín diversos «tuchuns», debe entenderse que éstos servían a las fuerzas conservadoras para contener o desviar los impulsos democráticos de la revolución. (A.T.)]

Durante algunos años se dividieron el dominio de la China tres fuerzas: la nacionalista revolucionaria de Sun Yat Sen, la militar y optimista de Wu Pei Fu y la feudal y reaccionaria de Chang So Lin. La primera tenía sus bases en Cantón, la segunda gobernaba desde Pekín el centro del país y la tercera controlaba la Manchuria. Wu Pei Fu, que se presentó al principio como un político progresista y democrático, se manifestó luego completamente influido por los elementos conservadores de Pekín, y, sobre todo, por la política y la finanza británicas. Derrotado por el reaccionario Chang So Lin, con el concurso de los revolucionarios del Sur, desapareció luego casi completamente del escenario político como figura de importancia. El Kuo-Min-Tang aprovechó este momento para llevar su acción a Pekín, donde Sun Yat Sen fue recibido con entusiasmo. Se destacó en la lucha que precedió estos cambios, el general cristiano Fen Yu Hsiang que conserva hasta hoy en la China nacionalista su zona de influencia. Y el Kuo-Min-Tang asumió un carácter cada día más revolucionario, al impulso de las masas obreras y campesinas que se movían bajo sus banderas.

Chang So Lin no tardó en encabezar una nueva ofensiva reaccionaria. La posesión de Pekín engrandeció extraordinariamente su autoridad. El Kuo-Min-Tang, que perdió a su jefe Sun Yat Sen, siguió confinado en las provincias del Sur. Pero precisamente en este tiempo en que un régimen reaccionario y dictatorial afirmó su autoridad en la China del Norte y del Centro, la creciente revolucionaria alcanzó su máximo nivel. Chang So Lin fracasó en su intento de unificar la China bajo su comando. Los nacionalistas tomaron entonces victoriosamente la ofensiva.

Una nueva fase de la revolución empieza con el golpe de estado del jefe nacionalista Chang Kai Shek, después de la captura de Shangai, que marcaba un momento culminante de la revolución. Desde entonces el Kuo-Min-Tang ha entrado en un período de crisis. Los jefes militares han hecho,

de una parte, todo género de concesiones a la diplomacia imperialista; y de otra parte, han reprimido implacablemente como los peores «tuchuns» a las masas obreras y campesinas revolucionarias. La revolución se ha detenido en su etapa burguesa y militar. Muerto Chang So Lin, los jefes nacionalistas han logrado unificar, casi totalmente, la China bajo su dominio.

EL MOVIMIENTO NACIONALISTA HINDU

Como afirma Romain Rolland, la India está en marcha. Se cumple en ese inmenso país un movimiento emancipador, en el que los factores económicos y políticos se confunden con los religiosos y que, en gestación mucho tiempo atrás, ha entrado en una fase activa después de la guerra, bajo la dirección espiritual de Gandhi, cuyo nombre en breves años se ha impuesto a la estimación del mundo como el de un apóstol del resurgimiento oriental.

1919 encontró a Gandhi a la cabeza del movimiento de emancipación de su pueblo. Hasta entonces Gandhi sirvió fielmente a la Gran Bretaña. Durante la guerra colaboró con los ingleses. La India dio a la causa aliada una importante contribución. Inglaterra se había comprometido a concederle los derechos de los demás «dominios». Terminada la contienda, Inglaterra olvidó su palabra y el principio wilsoniano de la libre determinación de los pueblos. Reformó superficialmente la administración de la India, en la cual acordó al pueblo hindú una participación muy secundaria. Respondió a las quejas hindúes con una represión marcial y cruenta. Ante este tratamiento pérfido, Gandhi rectificó su actitud y abandonó sus ilusiones. La India insurgía contra la Gran Bretaña y reclamaba su autonomía. La muerte de Tilak había puesto la dirección del movimiento nacionalista en manos de Gandhi que ejercía sobre su pueblo un gran ascendiente religioso. Gandhi aceptó la obligación de acaudillar a sus compatriotas y los condujo a la no cooperación. La insurrección armada le repugnaba. Los medios debían ser, a su juicio, buenos y morales como los fines. Había que oponer a las armas británicas la resistencia del espíritu y del amor. La evangélica palabra de Gandhi inflamó de misticismo y de fervor el alma indostana. El Mahatma acentuó, gradualmente, su método. Los hindúes fueron invitados a desertar de las escuelas y las universidades, la administración y los tribunales. La táctica de la no cooperación se encaminaba a sus últimas consecuencias: la desobediencia civil, el rehusamiento del pago de impuestos. La India aparecía próxima a la rebelión. Se produjeron entonces algunas violencias. Siguió el proceso y la prisión de Gandhi. El movimiento emancipador, bruscamente contenido en su desarrollo, cayó en una etapa de depresión.

El Congreso Nacional Indio de 1923 marcó un descenso del gandhismo. Prevalció en esta asamblea la tendencia revolucionaria de la no cooperación; pero se le enfrentó una tendencia derechista o revisionista que, contrariamente a la táctica gandhista, propugnaba la participación en los Consejos de Reforma creados por Inglaterra para domesticar a la burguesía hindú. Al mismo tiempo apareció en la asamblea, emancipada del gandhismo una nueva corriente revolucionaria de inspiración socialista. El programa de esta corriente, dirigido desde Europa por núcleos de estudiantes y emigrados hindúes, proponía la separación completa de la India del Imperio Británico, la abolición de la propiedad feudal de la tierra, la supresión de los impuestos indirectos, la nacionalización de las minas, ferrocarriles, telégrafos y demás servicios públicos, la intervención del Estado en la gestión de la gran industria, una moderna legislación del trabajo, etc. Posteriormente la escisión continuó ahondándose. Las dos grandes fracciones mostraban un contenido y una fisonomía clasistas. La tendencia revolucionaria era seguida por el proletariado que, duramente explotado sin el amparo de leyes protectoras, sufría más la dominación inglesa. Los pobres, los humildes eran fieles a Gandhi y a la revolución. El proletariado industrial se organizaba en sindicatos en Bombay y otras ciudades indostanas. Las tendencias de derecha, en cambio, alojaban las castas ricas, los «parsis», comerciantes, latifundistas.

Cuando el gobierno laborista de Mac Donald lo amnistió y libertó, Gandhi encontró fraccionado y disminuido el movimiento nacionalista hindú. Poco tiempo antes, la mayoría del Congreso Nacional, reunido extraordinariamente en Delhi en setiembre de 1923, se había declarado favorable al partido dirigido por C. R. Das, cuyo programa se conformaba con reclamar para la India los derechos de los «dominios» británicos y se preocupaba de obtener para el capitalismo hindú sólidas y seguras garantías.

En los últimos años, muerto C. R. Das, que posteriormente a 1923 se acercó mucho al gandhismo, Gandhi ha vuelto a la dirección activa del movimiento hindú, que insiste con nueva energía en sus reivindicaciones inclinándose otra vez a apelar al método de la no cooperación, cuyos principios parecen haber seguido penetrando y definiéndose en la conciencia hindú, al influjo del Mahatma.

LA REVOLUCION MEXICANA

En la América Latina o Ibero, el fenómeno dominante, por su trascendencia social y política, es la revolución mexicana. Este movimiento comienza con la insurrección popular contra la dictadura de Porfirio Díaz. El tema de la

revolución en su primera etapa era: «No reelección».

La política de Díaz fue una política esencialmente plutocrática. Falaces leyes despojaron al indio mexicanos de sus tierras en beneficio de los capitalistas nacionales y extranjeros. Los ejidos* fueron absorbidos por los latifundios. La clase campesina resultó totalmente proletarizada. Los plutócratas, los latifundistas y su clientela de abogados e intelectuales, constituían una oligarquía que dominaba, con el apoyo del capital extranjero, al país feudalizado. Su gendarme ideal era Porfirio Díaz. Pero un pueblo que tan porfiadamente se había batido antes por su derecho a la posesión de la tierra, no podía resignarse a este régimen feudal y renunciar a sus reivindicaciones. Además, el crecimiento de las fábricas creaba un proletariado industrial, en el cual la inmigración extranjera estimulaba la asimilación de las nuevas ideas sociales. Aparecían pequeños núcleos socialistas y sindicalistas. Flores Magón, desde Los Ángeles, introducía en México con su propaganda algunos elementos de ideología socialista. [*Ejidos: pueblos o colectividades de indios, que poseen en común una extensión de terrenos labrantíos; o los terrenos mismos. Los individuos de los ejidos reciben parcelas que, en el mejor de los casos, miden cuatro hectáreas; de ellas obtienen una utilidad que no suele exceder de un peso diario y que, en rigor, es el fruto del trabajo. (A.T.)]

Cuando se aproximaba el fin del séptimo período de Porfirio Díaz apareció el caudillo: Francisco Madero. Madero, que hasta aquel tiempo fue un agricultor sin significación política; publicó un libro anti-reeleccionista. Este libro, que fue una requisitoria contra el gobierno de Díaz, tuvo un inmenso eco popular. Porfirio Díaz, con esa confianza vanidosa en su poder que ciega a los déspotas en su decadencia, no se preocupó al principio de la agitación popular suscitada por Madero. Juzgaba a Madero un personaje secundario e impotente.

Entre otras medidas de represión, ordenó su encarcelamiento. La ofensiva reaccionaria dispersó al partido anti-reeleccionista: los «científicos»* restablecieron su autoridad; Porfirio Díaz obtuvo su octava reelección y la celebración del centenario de México fue una faustosa apoteosis de su **dictadura** [* "Científicos" se denominó a los más conspicuos colaboradores del General Porfirio Díaz porque se adhirieron a los postulados de la "ciencia" positivista, que sentó, sus reales en México mientras aquéllos usufructuaron del poder. «La forma de gobierno del General Díaz se copiaba en casi todos los Estados de la República, en pequeño. Los Gobernadores permanecían en el poder indefinidamente; formaban sus grupos de parientes, amigos y favoritos, y protegían a los grandes propietarios y al comercio extranjero», explica Alfonso Teja Zabre. Y agrega que «el éxito rápido en la primera etapa revolucionaria, se debió a la descomposición y cansancio del régimen anterior, que había llegado a su extremo de senilidad en hombres, instituciones y doctrinas, y al brusco alzamiento de las energías proletarias y populares que habían estado adormecidas, pero no muertas ni satisfechas». Madero cometió el error de pactar con aquella laya de políticos y fue, por eso, su víctima, como justamente hace ver José Carlos Mariátegui. (A.T.)]

Puesto en libertad condicional, Madero fugó a los Estados Unidos, donde se entregó a la organización del movimiento revolucionario. Orozco reunió el primer ejército insurreccional. La rebelión se propagó velozmente. La clase gobernante intentó vencerla con armas políticas. Se declaró dispuesta a satisfacer las aspiraciones populares. Dio una ley que cerraba el paso a

otra reelección. Pero esta maniobra no contuvo el movimiento en marcha. La bandera anti-reeleccionista era una bandera contingente. Alrededor de ella se concentraban todos los explotados, todos los rebeldes. La revolución no tenía aún un programa; pero éste empezaba ya a bosquejarse, y su primera reivindicación concreta era la reivindicación de la tierra. El lema «Tierra y Libertad» se juntaba al lema «no-reelección», excediéndolo y superándolo.

La oligarquía se apresuró a negociar con los revolucionarios. En 1912, Porfirio Díaz dejó el gobierno a De la Barra, quien presidió las elecciones. Madero llegó al poder a través de un compromiso con los «científicos». Conservó el antiguo parlamento. Estas transacciones lo socavaron, Los científicos sabotaban el programa revolucionario. Se preparaban, al mismo tiempo, a la reconquista del poder. Vino la insurrección de Félix Díaz. Y tras de ella vino la traición de Victoriano Huerta, quien, sobre los cadáveres de Madero y Pino Suárez, asaltó al gobierno. La reacción «científica» apareció victoriosa. Pero el pronunciamiento de un jefe militar no podía detener la marcha de la revolución mexicana. Todas las raíces de esta revolución estaban vivas. El general Venustiano Carranza recogió la bandera de Madero y, después de un período de lucha, expulsó del poder a Victoriano Huerta. Las reivindicaciones de la revolución se acentuaron y definieron mejor; y México revisó y reformó su carta constitucional de acuerdo con ellas.

Pero Carranza, elegido presidente, carecía de condiciones para realizar el programa revolucionario; su calidad de terrateniente y sus compromisos con la clase latifundista le impedían cumplir la reforma agraria. El régimen de Carranza bajo la autoridad patriarcal del anciano caudillo, se burocratizó y desprestigió gradualmente. Carranza intentó, en fin, designar su sucesor. El país agitado incesantemente por las facciones revolucionarias, insurgió contra este propósito. Carranza, virtualmente destituido, murió en manos de una banda irregular. Bajo la presidencia provisional de Adolfo de la Huerta, se efectuaron las elecciones, siendo elegido presidente el General Alvaro Obregón que, durante la campaña revolucionaria, se había destacado como caudillo con más condiciones de mando.

El gobierno de Obregón significó una etapa de estabilización y realización revolucionarias. Empezó el fraccionamiento de los latifundios. La instrucción pública, bajo la dirección de Vasconcelos, adquirió un magnífico desarrollo y adoptó un programa que se inspiraba en los ideales sociales y de la revolución. Elegido el General Plutarco Elías Calles, en reemplazo de Obregón, continuó en sus rasgos esenciales la política de éste. Le tocó afrontar un fuerte movimiento clerical, que lo obligó a

emplear medidas extremas en defensa de los principios revolucionarios sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Mantuvo, sobre todo, la difícil unidad del partido revolucionario, basada en la colaboración de los sindicatos obreros y campesinos, en su mayor parte adherentes a la Confederación Regional Obrera Mexicana (C. R . O . M .) con la pequeña burguesía revolucionaria dirigida por jefes militares y parlamentarios. Al concluir el mandato Calles, la candidatura de Obregón apareció como la única que podía conservar unido este bloque de fuerzas populares: Invocando el principio anti-reeleccionista se rebelaron los generales Gómez y Serrano. Los dos fueron batidos y fusilados y su rebelión provocó una momentánea reafirmación del frente revolucionario. Elegido el General Obregón, la solución del problema político parecía obtenida, cuando se produjo en un banquete el asesinato del popular caudillo por un católico fanático. Este hecho trajo la ruptura del bloque con el cual habían gobernado Obregón y Calles. Los jefes de la CROM fueron acusados por algunos líderes obregonistas como instigadores del asesinato de su jefe. Se obligó a Calles a separarlos del gobierno. Y empezó una lucha en la cual se manifiesta el desarrollo de una corriente anti-revolucionaria dentro del antiguo bloque gubernamental. Terminado el período de Calles, se ha encargado provisoriamente del gobierno, por designación del Parlamento, el licenciado Portes Gil, que representa la tendencia en pugna con la C.R.O.M.

CONCLUSION

Al período de agitación post-bélica ha seguido en Europa un período de estabilización capitalista y democrática que, si ha dejado en pie las consecuencias de la marejada reaccionaria, las dictaduras italiana y española, ha detenido, en cambio, el progreso de las tendencias políticas de este carácter en los principales estados occidentales. En este período se ha acentuado la preponderancia económica de los Estados Unidos, al mismo tiempo que se ha reforzado la organización del estado socialista ruso. No faltan quienes se inclinan a creer que capitalismo y socialismo pueden convivir largamente en el mundo. La estabilización de uno y otro sistemas, aunque con distinto carácter, es el hecho en que se basa esta predicción.

- BREVE EPILOGO*

Es obvio que la historia de los últimos 25 años no se deja aprehender en un itinerario de los grandes sucesos. Muchas de las grandes corrien-

tes de una época no afloran a la superficie de ellos. Circulan por cauces que se hunden en el subsuelo, cuando una guerra acapara los escenarios. El suceso es un síndrome. Traduce o señala una crisis cuyas fuerzas operan fuera de sus propios límites de espacio y tiempo.

La guerra de 1914-19 nunca se explica menos que cuando se pretende comprenderla sólo a través de su gestación diplomático-militar. La diplomacia no puede exceder sus posibilidades. Su juego está secretamente regido por humores e impulsos que no le es dado escoger. Así, la guerra se preparó, ante todo, en el crecimiento industrial y comercial de Alemania; y bajo este aspecto, el proceso del capitalismo mundial ceba sus factores primarios. En la etapa final del crecimiento económico e imperialista de Alemania, en Europa, se movilizaron y desarrollaron las fuerzas que hicieron posible la guerra, tal como se organizaron en la mentalidad alemana los elementos que empleó Spengler en la construcción de su Decadencia de Occidente. (Aquéllos produjeron sus efectos más pronto que éstos). El suceso llegó antes del libro y rebasó, con violento desborde, el confín de sus intenciones. Y en la preparación del clima guerrero intervinieron, en dosis imponderables y con diversa función, desde la filosofía de Henri Bergson hasta la estética de Marinetti y los futuristas, del mismo modo que en la preparación de la atmósfera revolucionaria colaboraron desde la teoría de los mitos de Georges Sorel hasta la desesperación del poeta Alejandro Blok.

La Evolución Creadora, constituye, en todo caso, en la historia de estos 25 años, un acontecimiento mucho más considerable que la creación del reino servio-croata-esloveno, conocido también con el nombre de Yugoslavia.* El bergsonismo ha influido en hechos tan distintos y aun opuestos, y de variada jerarquía, como la literatura de Bernard Shaw, la insurrección Dadá, la teoría del sindicalismo revolucionario, el escuadrismo fascista, las novelas de Marcel Proust, la propagación del neo-tomismo de la Christian Science, la teosofía, y la confusión mental de los universitarios latinoamericanos. Bergson tiene discípulos de derecha e izquierda como los tuvo Hegel, aunque se abrigue personalmente tras de las almenas del orden, actitud personal que no compromete mínimamente el sentido de su filosofía. Históricamente, la filosofía de Bergson ha concurrido, como ningún otro elemento intelectual, a la ruina del idealismo y racionalismo burgueses y a la muerte del antiguo absoluto, aunque, por contragolpe, haya favorecido el reflatamiento de descompuestas supersticiones. Por este hecho, representa una estación en la trayectoria del pensamiento moderno. A su lado, palidece el variado repertorio de filosofías alemanas que, cerrado el gran ciclo kantiano, tienden en verdad, a la capitulación de los antiguos misterios.

[* Puede considerarse insólito que un socialista menosprecie la estructuración de un estado, al juzgar como «acontecimiento mucho más considerable» la aparición de un libro filosófico. Atiéndase, sin embargo, al significado de ambos hechos. El reino yugoeslavo se había constituido mediante la incorporación de croatas y eslovenos a la antigua Servia, no obstante el desprestigio de las compensaciones territoriales y el reconocimiento del derecho de los pueblos a su libre determinación; de manera que se le podía estimar como anacrónico y retardatario para nuestra época, y de influencia tal vez negativa para el desarrollo de los pueblos afectados. En cambio, la filosofía de Bergson se proyecta señeramente sobre la cultura contemporánea, al descubrir nuevas maneras de enriquecer los datos del conocimiento y auxiliar la vinculación entre el pensamiento y la realidad. Quiere decir José Carlos Mariátegui que la filosofía bergsoniana contribuye al progreso humano con mayor eficacia que el estado yugoeslavo y, en tal virtud, es un «acontecimiento mucho más considerable». (A T.)]

En los últimos lustros, el mundo ha asistido al accidentado y acelerado tramonto del pensamiento liberal, individualista, que después de sus extremas expresiones anarquistas ha renegado, por reacción contra el socialismo, sus fundamentos dinámicos y revolucionarios. Habría que buscar a sus legítimos continuadores en Benedetto Croce y Bertrand Russell, para quienes el socialismo sucede históricamente al liberalismo, como principio de civilización y progreso. El verdadero liberal se reconoce vedado de oponerse doctrinal y prácticamente al socialismo y obligado a admitir el envejecimiento de las instituciones y programas liberales, porque otra actitud sería anti-liberal en el sentido más profundo y viviente de su filosofía. Este es el drama del liberalismo, drama que en la praxis pocos liberales han expresado y apuntado, tan puntualmente como Mario Missiroli, y que en la teoría, en la especulación pura, ningún pensador liberal ha afrontado tal vez con la lucidez de Croce. Si no son muchos los liberales que asumen la misma actitud, es porque casi la totalidad de los liberales que aún quedan, milita en el campo socialista y carece de título y motivo para hablar en nombre del liberalismo.

Paralelamente a este proceso, se ha desarrollado el de la afirmación y

esclarecimiento de un espíritu y un pensamiento genuinamente socialistas. El movimiento proletario -sindicatos y partidos- había crecido tanto en este siglo, bajo la tutela y el estandarte de la democracia ochocentista. Desde este punto de vista se había superado el pensamiento de Marx, que echó las bases filosóficas de la revolución proletaria. En los parlamentarios y capitanes del proletariado se prolongaba, casi sin rectificaciones, el iluminismo y el progresismo de la burguesía. Georges Sorel, es el pensador que con su obra inicia más enérgica y maduramente la ruptura con este período lassalliano. Sus Reflexiones sobre la violencia, representan, por su magnitud y con-secuencias históricas, otro de los libros del nuevo siglo. Sorel preludia una filosofía política anti-liberal, guerrera, eminentemente revolucionaria por su función estimulante contra el enervamiento evolucionista del proletariado, dentro de una democracia basada en la transacción y el compromiso; pero de la que, al mismo tiempo, tenían que servirse, invirtiéndola, los reaccionarios, en el esfuerzo por defender el orden mediante una derogación lisa y llana de las conquistas liberales. El pensamiento socialista se afirma antiliberal por necesidad dialéctica, a causa de que el Socialismo aparece, en la historia, como la antítesis del liberalismo, definido concretamente como la doctrina de la sociedad capitalista. Pero no renuncia al patrimonio liberal, en su valor civilizador, del mismo modo que no renuncia a la herencia capitalista, en cuanto constituye progreso técnico. Por esto, revolucionarios como Piero Gobetti, a quien podríamos llamar «crociano de izquierda», consideran la revolución socialista como el desenvolvimiento lógico de la revolución liberal.

Fenómeno característico de nuestro tiempo, en el plano de las ideologías políticas, es la aparición de dos violentas negaciones de la democracia liberal; una de izquierda y otra de derecha, una revolucionaria y otra reaccionaria. Comunismo y Fascismo. Lenin crea la revolución rusa, la iglesia y el Evangelio intransigentemente anti-burgueses que Sorel esperaba ver surgir del sindicalismo revolucionario. Mussolini, cismático del socialismo, adopta una doctrina que repudia en bloque, desde sus orígenes, la revolución liberal, y que conduce a la teocracia del medioevo.

La ciencia a pesar de los pesimistas augurios de quienes precipitadamente proclamaron su bancarrota cuando se acentuaron los desencantos finiseculares anexos al ocaso del positivismo, ha continuado en el Occidente pre-bélico su acción revolucionaria.

Einstein ha suministrado a la especulación filosófica con sus descubrimientos de física y matemática, un material tan rico y vasto como imprevisto. Freud ha extraído de las investigaciones clínicas sobre el

tratamiento de la histeria, una teoría genial, cuya sospecha flotaba ya en la atmósfera de la época, como lo demuestra, más que su rápida propagación, la presencia precursora de una intención psicoanalítica, de clara filiación freudiana, en la obra de Pirandello, antes que comenzase la influencia del Psicoanálisis en la literatura. En los dos polos de la historia contemporánea, Estados Unidos y U.R.S.S., se encuentra la misma fervorosa aplicación y valorización de la ciencia. Pero, ni en la sede del capital ni en la del socialismo, la ciencia pretende dictar leyes a la política, ni a la literatura, ni al arte. Y en esto nos hemos distanciado, provechosamente, del «cientifismo» ochocentista.

Y no ha sido menos trascendente ni extensa, en estos cinco lustros, la revolución literaria y artística. Se ha reivindicado, contra la chata ortodoxia realista, los fueros de la imaginación creadora, lo que ha traído ventajas asombrosas para el descubrimiento de la realidad. Pues con los derechos de la fantasía, y la fantasía, se ha averiguado sus fines, que es como decir sus límites.

Y, con todo esto, nos hallamos sólo en el umbral del 900. O del evo que esta cifra intenta señalarnos. Porque los siglos, en la historia, son la más subalterna y convencional de las mediciones.

* Publicado en **Varietades**, Lima, 13 de marzo de 1929.

- ORIGENES Y PERSPECTIVAS DE LA INSURRECCION MEXICANA*

El período electoral es en México, por excelencia, un período insurreccional. El equilibrio entre los elementos sociales y políticos del frente revolucionario, que, bajo la administración de caudillos como Obregón y Calles, consiguió estabilidad, falla, apenas la proximidad de la renovación presidencial anuncia el predominio de algunos de esos elementos, y el fracaso de las expectativas de los otros, en un instante en que se encuentran vigilantes y excitadas las ambiciones de todos. La crónica establece, de modo evidente, esta periodicidad de la crisis insurreccional.

En 1923, consagrada la candidatura del General Plutarco Elías Calles por el Presidente saliente General Obregón, Adolfo de la Huerta, que había ejercido provisoriamente el poder, después del derrocamiento de Carranza, acaecido también en período electoral, se lanzó a la revuelta. De la Huerta había formado parte, bajo el gobierno de Obregón, del frente revolucionario; pero, descartado como candidato, no trepidó en aceptar un papel netamente reaccionario, con el objeto de movilizar a su favor las fuerzas conservadoras. En 1927, dos generales del mismo bloque gubernamental, Gómez y Serrano, se pusieron a la cabeza del movimiento anti-reeleccionista; y, próximas las elecciones, en las que la candidatura del ex-Presidente Obregón contaba con el apoyo activo de Calles y el Gobierno, recurrieron, a su turno, a la insurrección. Probablemente Obregón habría logrado mantener la difícil unidad, bastante minada ya, del frente revolucionario, durante su mandato presidencial. Asesinado por la bala de un fanático, quedó abierta otra vez, con la sucesión presidencial, la etapa de las revueltas armadas.

El frente revolucionario -alianza variopinta, conglomerado heterogéneo, dentro del cual el crecimiento de un capitalismo brioso, agudizando el contraste de los diversos intereses sociales y políticos, rompía un equilibrio y una unidad contingentes, creados por la lucha contra la feudalidad y el porfirismo- entró en una crisis que preparaba un cisma más extenso que los anteriores. Sobrevenida la ruptura con Morones y la CROM, la acción de los factores de escisión del Partido Revolucionario, más propiamente designado por el término de partido obregonista, en el sentido de su correspondencia con una era caudillista y militar de la Revolución Mexicana, siguió conspirando contra la estabilidad gubernamental. El Partido Nacional Revolucionario nació con un defecto congénito. Después de la agitación anti-laborista, se reveló el carácter meramente simbólico y temporal de la bandera obregonista. El candidato Gilberto Valenzuela, asumió una actitud agresiva contra Calles y su clientela. Y la lucha entre los dos candidatos del obregonismo, Ortiz Rubio y Aarón Sáenz, por ganar la mayoría en la convención del partido, desbordó los límites de dos postulaciones provisionarias, sometidas incondicionalmente a la resolución mayoritaria. Los partidarios de Aarón Sáenz se quejaban de que se emplease a favor de Ortiz Rubio, para conseguir su designación por la asamblea, manejos desleales. Calles, que al principio había parecido inclinado a Sáenz, puso su influencia al lado de Ortiz Rubio, con decepción y resentimiento de muchos. Una parte del Partido Reeleccionista, en fin, aclamando a Vasconcelos, había ido a buscar a su candidato, ya no en los rangos asaz desacreditados de los generales proclives a la seducción en el proceso revolucionario, sino en la fama de sus galones cívicos, acentuada por su actividad como Ministro de Educación Pública del gobierno de Obregón.

Dentro de este conflicto de intereses y de ambiciones inconciliables, no es asombroso que los elementos que se sienten vencidos en el terreno eleccionario, apelen a la revuelta. La defección de Escobar, Aguirre, Topete y otros generales, demuestra que abunda en el partido que, por haber representado a la Revolución, se llama revolucionario, la ralea oportunista y ambiciosa de Gómez y Serrano. Cualesquiera que sean los disfraces de que se revista, es indudable que esta insurrección tiene el mismo carácter contrarrevolucionario de las insurrecciones de Adolfo de la Huerta en 1923 y de Gómez y Serrano en 1927. Por esto, el gobierno de Portes Gil, a pesar de que él mismo se encaminaba con sus ataques a la CROM a una posición revisionista y termidoriana, ha visto reconstituirse a su lado, contra los insurrectos, el sacudido y disgregado frente único revolucionario.

Al encargar a Calles el Ministerio de Guerra, Portes Gil ha realizado una

maniobra esencialmente política. Calles cuenta con las simpatías de la CROM, con cuyos jefes Portes Gil anda enemistado. El General Amaro, anterior Ministro de Guerra, en cambio, es uno de los generales abiertamente acusados por los obreros revolucionarios como profiteurs* de la Revolución, mancomunados por su interés de nuevos terratenientes con la clase proletaria. Calles es más un caudillo que un militar. Se usa contra la insurrección su influencia política, sus dotes de mando más que sus cualidades técnicas. [*Aprovechadores, oportunistas]

Estos hechos hacen casi imposible que la insurrección prospere. Aun en el caso de que Escobar, Topete y demás jefes rebeldes obtuviesen momentáneas ventajas militares sobre los federales, el gobierno de Portes Gil y Calles estaría siempre en aptitud de reanudar la ofensiva con grandes fuerzas, muy superiores moral y materialmente a las que puede movilizar la revuelta. Escobar, Topete y sus secuaces carecen de atmósfera popular. Sus oportunistas ofrecimientos de libertad de cultos, y otras maniobras de fondo netamente contrarrevolucionario, no pueden granjearles el ambiente sin el cual ningún golpe de Estado puede llegar a imponerse en un país como México. No se trata de una revolución, sino de un motín contrarrevolucionario, cuyo único programa posible es el que, en caso de victoria, le prestan los grupos conservadores desalojados del poder a la caída de Porfirio Díaz. El triunfo de un general reaccionario no sería hoy menos precario que el de Victoriano Huerta. La Revolución, aunque desgarrada por sus contrastes internos, es ahora más fuerte que entonces.

La extrema izquierda, de un lado, y el Partido anti-reeleccionista de Vasconcelos, de otro, han publicado, según anuncia el cable, sendos manifiestos condenando la revuelta. No se ha recibido ninguna noticia sobre la actitud de los laboristas, pero es indudable que tiene que ser rotundamente adversa a una intentona en la que están mezcladas personas que se señalaron por su encarnizamiento en la ofensiva contra la CROM y Morones que siguió al asesinato de Obregón. Los revoltosos, por consiguiente, no representan sino la contrarrevolución en sus peores aspectos.

Y esto los descalifica totalmente.

* Publicado en Variedades: Lima, 27 de Marzo de 1929.

- STEFAN ZWEIG, APOLOGISTA E INTÉRPRETE DE TOLSTOY Y DOSTOIEVSKI*

Stefan Zweig, gran escritor contemporáneo, nos explica a Tolstoy y Dostoievski, en dos admirables volúmenes, que no están por cierto dentro de la moda de la biografía novelada y anecdótica. Zweig enjuicia, en Tolstoy lo mismo que en Dostoievski, al artista, al hombre, la vida y la obra. Su interpretación integral, unitaria, no puede prescindir de ninguno de los elementos o expresiones sustantivos de la personalidad, ni del grado en que se inter-influyen, contraponen y unimisman. Está lo más lejos posible del ensayo crítico, puramente literario; pero, como nos presenta al artista viviente, cambiante, en la complejidad móvil de sus pasiones y de sus contrastes, su crítica toca las raíces mismas del fenómeno artístico, del caso literario sorprendido en su elaboración íntima.

La biografía en boga reduce al héroe, escamotea al artista y al pensador. Destruye, además, la perspectiva sin la cual es imposible sentir su magnitud. Leyendo el Shelley de André Maurois, mi impresión dominante inmediata fue ésta: el biógrafo no lograba identificarse con el personaje; lo seguía con una sonrisa irónica, escéptica, un poco burlona; entre uno y otro se interponía la distancia que separa a un romántico, de los días de la revolución liberal, de un moderno pequeño burgués y clasista. Consigné esta impresión en mi comentario, después de haberla comunicado a dos finos y sagaces lectores del libro: María Wiese y José María Eguren. Y hoy encuentra en mí intensa resonancia la reacción de Emmanuel Berl (Europe, Enero de 1919, Premier Panflet*) cuando en su requisitoria contra el burguesismo de la literatura francesa, escribe lo siguiente: «Para que la desconfianza hacia el hombre sea completa, es menester denigrar al héroe». Este es el objeto verdadero y, sin duda alguna, el resultado de la biografía novelada que medra abundante desde el Shelley de M. André Maurois. M.

Maurois tiene en este hecho una bien pesada responsabilidad. No ignoro que su carácter profundo corresponde mal sin duda a esta parte de su obra, cuyo éxito quizá lo ha sorprendido a él mismo. Entreveo en Maurois un discípulo sincero de Chartier. Hay en él, igualmente, un hombre triste de aspecto provincial, que el aspecto de Climats descubre bastante, una oveja negra que rumia, con melancolía, una hierba sin duda amarga y que no conocemos. La vida de Shelley no es menos, en cierta medida, que un delito y un desastre espiritual. El éxito de la biografía novelada, género extrañamente falso, no se comprendería si muy malos instintos no hallaran en ella su alimento. Gusto de la información fácil e inexacta, reducción de la historia a la anécdota. (Inocuidad garantizada S. G. D. G. Pero sobre todo la revancha de la burguesía contra el heroísmo. [* Primer panfleto])

Gracias a M. Maurois se puede olvidar que Shelley fue poeta. Se le ve como un joven aristócrata que comete locuras, demasiado ruidosamente, y a quien M. Maurois nos permite seguir con una mirada irónica en su marcha titubeante, cuando es precisamente la del genio entre la Revolución y el amor». La condenación de la biografía novelada en sí misma, como género, tiene mucho de excesiva y extrema; pero la apreciación de las tendencias que obedece no es arbitraria.

Zweig evita siempre el riesgo de la idealización charlatana y ditirámbica. Su exégesis tiene en debida consideración todos los factores físicos y ambientales que condicionan la obra artística. Recurre a la vida del artista para explicarnos su obra y, por la mancomunidad de ambos procesos, le es imposible atenerse en su crítica al dato meramente literario. Así, no le asusta asociar la epilepsia de Dostoievski al ritmo de su creación. Pero este concepto no tiene en Zweig ninguna afinidad con el simplismo positivista de los críticos, que pretendían definir el genio y sus creaciones con mediocres fórmulas científicas.

Tolstoy y Dostoievski son, para Zweig, como para otros críticos, dos polos del espíritu ruso. Pero Zweig aporta al entendimiento de uno y otro una original versión de esta antítesis. Su percepción certera, precisa, le ahorra el menor equívoco respecto al verdadero carácter del arte tolstoyano. Zweig establece, con sólido y agudo alegato, el materialismo de Tolstoy. El apóstol de Yasnaia Poliana, a quien todos o casi todos estiman por antonomasia un idealista, era ante todo un hombre de robusta raigambre realista, de fuerte estructura vital. Esta puede ser una de las razones de su glorificación por la Rusia marxista. El realismo de la Rusia actual reconoce más su origen en el método de Tolstoy, atento al testimonio de sus sentidos, reacio al éxtasis y a la alucinación, que en Dostoievski, pronto a todos los raptos de la fantasía. Tolstoy representa, a los ojos de las presentes generaciones

rusas, a la Rusia campesina. Lo sienten aldeano, mujic,* no menos que aristócrata. Zweig no se queda a mitad del camino en la afirmación de la primacía de lo corporal sobre lo espiritual en la literatura de Tolstoy. «Siempre en Tolstoy -dice- el alma, la psiquis -la mariposa divina cogida en la red de mil mallas de observaciones extremadamente precisas- está prisionera en el tejido de la piel, de los músculos y de las nervios. Por el contrario, en Dostoievski, el vidente, que es la genial contra-parte de Tolstoy, la individualización comienza por el alma: en él, el alma es el elemento primario; ella forja su destino por su propia potencia y el cuerpo no es sino una suerte de vestido larvário, flojo y ligero, en torno de su centro inflamado y brillante. En las horas de espiritualización extrema ella puede abrazarlo y elevarlo en los aires, hacerle tomar su impulso hacia las tierras del sentimiento, hacia el puro éxtasis. En Tolstoy, opuestamente, observador lúcido y artista exacto, el alma no puede volar jamás, no puede siquiera respirar libremente». De esto depende, a juicio de Zweig, la limitación del arte de Tolstoy, al que habría deseado, como Turguniev "mas libertad de espíritu". Pero, sin esta limitación, que con el mismo derecho puede ser juzgada como su originalidad y su grandeza, Tolstoy y su obra carecerían de la solidez y unidad monolíticas que los individualiza. Perderían esa contextura de un solo bloque que tanta admiración nos impone. [*Campesino pobre]

La interpretación de Zweig pisa, sin duda, un terreno más firme, cuando en la impotencia de Tolstoy para alcanzar su ideal de santidad y purificación, en su tentativa constante y fallida de vivir conforme a sus principios, reconoce la faz más intensamente dramática y fecunda de su destino. «Nuestro concepto de la santificación de la existencia por un ardor -escribe- espiritual, no tiene nada que ver con las figuras xilográficas de la Leyenda Dorada ni con la rigidez de estilista de los Padres del desierto, pues desde hace tiempo hemos separado la figura del santo de todas sus relaciones con la definición de los concilios y de los cónclaves del papado: ser santo significa para nosotros, únicamente, ser heroico en el sentido del abandono absoluto de su existencia a una idea vivida religiosamente». «Pues nuestra generación no puede venerar ya a sus santos como enviados de Dios, venidos del más allá terrestre, sino precisamente como los más terrestres de los humanos».

El estudio de Stefan Zweig sobre Dostoievski, menos personal aunque no menos logrado ni admirable, y que se ciñe en varios puntos a la discutida exégesis de Mjereskovsky, me sugiere algunas observaciones sobre el sentido social del contraste entre los dos grandes escritores rusos. Pero, demasiado extensas para el espacio de este número, las reservo para el próximo ensayo.

* Publicado en Variedades: Lima, 3 de abril de 1929.

- LA RUSIA DE DOSTOIEVSKI. A PROPOSITO DEL LIBRO DE STEFAN ZWEIG*

Las tentativas baratas, premiosas de interpretación del bolchevismo, que una crítica diletantesca** y apriorística produjo en Occidente en los primeros años de la Revolución rusa, y cuyos ecos han durado hasta hace muy poco, se entretenían con curiosa uniformidad en explicar este fenómeno, en algo así como la culminación del movimiento espiritualista representado por Dostoievski. El misticismo, la neurosis, la exasperada búsqueda de infinito y de absoluto, que hallan su más fuerte y patética expresión artística en la obra de Dostoievski, eran estimados como los factores morales de la Revolución, que debería a e esos factores su acento apocalíptico y extremista. Recuerdo que hace tres años, Luis de Zulueta, en un ensayo de La Revista de Occidente, sobre El Enigma de Rusia, que debía su primera inspiración a Ortega y Gasset, barajaba todavía estos motivos, suscribiendo, a pesar de advertir el programa marxista y occidental de la Revolución, el concepto de Ortega de que ésta «no era, en el fondo, una revolución europea, sino un misticismo oriental».

No debe haber sido escasa la sorpresa de estos apresurados y enfáticos exegetas ante la protesta de Ilya Ehrenburg, contra la general tendencia de suponer a la nueva literatura rusa fuertemente influida por el espíritu de Dostoievski. Ehrenburg desmintió esta influencia, afirmando que las actuales generaciones rusas estaban, precisamente, lo más distantes posibles de Dostoievski y que, en la nueva Rusia, era mucho más evidente y neta la presencia de Tolstoy. Y Julio Alvarez del Vayo, en sus impresiones literarias de Rusia, sobre todo en las que sirven de prólogo a la edición española de El Cemento, la notable novela de Fedor Gladkov, ha confirmado sustancialmente la versión de Ehrenburg, que no era una revelación para quienes seguían el movimiento intelectual ruso a través de

revistas francesas, italianas y alemanas, aunque no se diesen cuenta, exactamente, del sentido profundo de la Revolución.

Dostoievski tradujo en su obra la crisis de la inteligencia rusa, como Lenin y su equipo marxista se encargaron de resolver y superar. Los bolcheviques oponían un realismo activo y práctico al misticismo espiritual e inconcluyente de la inteligencia dostoievskiana, una voluntad realizadora y operante a su hesitación nihilista y anárquica, una acción concreta y enérgica a su abstractismo divagador, un método científico y experimental a su metafísica sentimental. La intelligentsia,* desde el movimiento dekabrista** hasta la Revolución de 1917, no conoció sino fracasos. Se reconoce su romanticismo, de fondo, más o menos rousseauiano, en los dekabristas, en los narodnikis***, en los nihilistas, en los socialistas revolucionarios. Su impotencia, para guiar una revolución demoburguesa que sustituyera la autocracia zarista por un régimen capitalista de tipo occidental, la condujo a un utopismo desorbitado, en que el más extremista y disolvente individualismo se asociaba al mesianismo racial, hostil a Europa, de los orientalistas.

[*Inteligencia, el grupo intelectual./ ** Partidario de reformas burguesas en la antigua autocracia zarista./ *** Miembros de la organización "Tierra y Libertad", que surgió en Rusia, en 1876. La principal fuerza revolucionaria en el país era el campesinado. Se fueron al campo, "al pueblo" (de ahí el nombre de "populistas"). No los entendieron ni los siguieron, dedicándose a practicar el terrorismo político]

La literatura, de esta época, o más bien de este origen -Dostoievski, Andreyev, Sollogub, etc.- refleja, como ya alguna vez lo he apuntado, la neurosis de una burguesía frustrada, a la que no fue posible conquistar el poder. El capitalismo ruso, técnica y financieramente impulsado y aun dirigido en gran parte por extranjeros, se desarrolló en Rusia, hasta 1917, bajo un régimen absolutista, que no consintió a la burguesía salir de un rol larvado y secundario. Esta burguesía fracasada, incapaz de sacudirse de la tutela de una aristocracia primitiva, no pudo asegurar su equilibrio interior. No supo dar concreción a sus ideales políticos. El utopismo humanitarista, la negación nihilista, en sus manifestaciones más diversas, la hallaron siempre propicia a sus delirios. La burguesía vio desertar a sus vástagos de su propia empresa política, para entregarse a la preparación sentimental de una revolución que no sería la suya. El populismo exasperado a que llegó, en su inútil lucha por alcanzar sus propios objetivos de clase, tocó un grado de misticismo e idealización que sedujo fácilmente la fantasía de sus literatos. Dostoievski podía escribir así sobre la élite a que pertenecía: «La clase intelectual rusa es la más elevada y la más seductora de todas las élites que existen. En todo el mundo no se encuentra nada que se le parezca. Es una magnificencia de espléndida belleza que todavía no se estima bastante. Prueba predicar en Francia, en Inglaterra, u donde quieras, que la propiedad individual es ilegítima, que el egoísmo es criminal. Todos se alejarán de ti. ¿Cómo podría ser ilegítima la propiedad individual? ¿Y

qué existiría entonces de legítimo? Pero el intelectual ruso te sabrá comprender. Ha comenzado a filosofar apenas su conciencia ha despertado. Así, si toca un pedazo de pan blanco, en seguida se presenta a sus ojos un cuadro tétrico: Es pan fabricado por esclavos. Y este pan blanco se le antoja muy amargo». Piero Gobetti, señalando y comentando estas palabras, define nítidamente el sentido de este "atormentado individualismo". «En la mística aspiración al infinito -observa- o a la eternidad se alientan las aspiraciones del pueblo a una organización anárquica de la sociedad. Ni el pan-eslavismo, buscado con curiosos sentimientos mesiánicos, consigue alimentar una conciencia nacional. La lucha de los intelectuales contra el zarismo semeja una lucha de descentrados».

Mientras la novela occidental, hasta en su estación romántica, describe a una burguesía inquieta, pero normal, mediocre a veces pero estable siempre, que asienta con confianza y sin disgusto sus pies en la tierra, y en la que el atormentado no es la regla sino la excepción, la novela rusa, de estirpe dostoiévskiana nos describe invariablemente a una burguesía lunática, desequilibrada, sentimental, en cuya conciencia trabaja un complejo y en la que el empresario alacre, contento de sí mismo, es un caso extraordinario, contradicho y renegado por una descendencia neurótica.

Zweig estudia a Dostoiévski, con prescindencia de este substractum* histórico, de este sedimento social de su arte. Esto es quizá lo que falta en su libro, que rehusa relacionar a Dostoiévski con su época y su ambiente. Pero, en cambio, el retrato artístico, el croquis estético del autor de Los Hermanos Karamazov, conquistan al lector completamente. Singularmente penetrante es la confrontación de la distinta y opuesta experiencia que para Dostoiévski y Wilde significó la prisión. «En Wilde -escribe Zweig- el lord sobrevive al hombre y sufre de que los forzados puedan tomarlo por uno de los suyos. Dostoiévski no sufre sino en tanto que asesinos y ladrones rehúsan considerarlo como un hermano. Ser tenido a distancia, no ser tratado como hermano, le parece una tara, una insuficiencia de su ser. Así como el carbón y el diamante son una misma sustancia, así este destino es uno y sin embargo diferente para los dos escritores. Wilde es un hombre terminado cuando sale de la prisión. Dostoiévski comienza su vida. Wilde es reducido al estado de escoria, por la misma flama que da a Dostoiévski su temple y su luz. Wilde es castigado como un valet porque resiste. Dostoiévski triunfa de su destino porque ama su destino». Podría observarse, restringiendo parcialmente la exactitud de este paralelo de Zweig, que la naturaleza distinta de ambas condenas no es extraña a su distinto efecto espiritual: pero, aparte de que el contraste entre el lord sensual y orgulloso y el ruso, que busca el placer en el fondo del más duro sufrimiento y de la más exasperada humillación, subsiste siempre, la última

frase de Zweig nos hace olvidar cualquier reserva ausente: "Dostoievski triunfa de su destino, porque ama su destino". Y en otra comparación, Zweig es acaso más certero: «Goethe mira al apolineísmo antiguo; Dostoievski al bacantismo: ni siquiera ser olímpico ni semejante a un Dios, quiere ser el hombre fuerte. Su moral no aspira al clasicismo, a la regla, sino a la intensidad». Estas palabras plantean, tal vez, el problema de Dostoievski clásico o romántico. Problema que, en Dostoievski, admite esta respuesta: Clásico y romántico. O romántico hasta el punto de ser, al mismo tiempo, clásico. [*Substancia]

* Publicado en Variedades: Lima, 10 de abril de 1929.

- LA MISION DE ISRAEL*

Como nota René Guilloin, en un reciente artículo de "La Nouvelle Revue Française", el problema de Occidente, aunque se han apagado mucho los ecos del libro de Henri de Massis, "no ha perdido nada de su interés esencial". El problema de Israel, en estos tiempos de organización y propaganda sionistas, constituye, sin duda, uno de sus aspectos más interesantes. Quizá el que mejor consiente esclarecerlo, respondiendo a la interrogación: ¿Oriente u Occidente? Después de haber dado su aporte ingente a la civilización occidental o europea ¿tienden los judíos a restituirse a Asia, a reintegrarse a Oriente, por la vía de un nacionalismo de orígenes y estímulos totalmente occidentales?

Si alguna misión actual, moderna, tiene el pueblo judío es la de servir, a través de su actividad ecuménica, al advenimiento de una civilización universal. Si puede creer el pueblo judío en una predestinación, tiene que ser en la de actuar como levadura internacional de una sociedad nueva. He aquí como, a mi juicio, se plantea ante todo la cuestión. El pueblo judío que yo amo, no habla exclusivamente hebreo ni yiddish; es políglota, viajero, supranacional. A fuerza de identificarse con todas las razas, posee los sentimientos y las artes de todas ellas. Su destino se ha mezclado al de todos los pueblos que no lo han repudiado (y aún al de aquellos que lo han tratado como huésped odioso, cuyo nacionalismo debe en gran parte su carácter a esta clausura). El máximo valor mundial de Israel está en su variedad, en su pluralidad, en su diferenciación, dones por excelencia de un pueblo cosmopolita. Israel no es una raza, una nación, un Estado, un idioma, una cultura; es la superación de todas estas cosas a la vez en algo tan moderno, tan des-conocido, que no tiene nombre todavía. Dando una nueva acepción a este término, podemos decir que es un complejo. Un complejo supranacional, la trama elemental, primaria, suelta aún de un

orden ecunémico.

Las burguesías nacionales, la británica en primer término, querrían reducir a los judíos a una Nación, a un Estado. Esta actitud, no es quizá, subconscientemente, sino la última persecución de Israel. Persecución hipócrita, diplomática, parlamentaria, sagaz, que ofrece a los judíos un nuevo "ghetto". En la edad de la Sociedad de las Naciones y del imperialismo en gran estilo, este nuevo "ghetto" no podía ser menor que Palestina, ni podía faltarle el prestigio sentimental de la tierra de origen. El "ghetto" tradicional correspondía típicamente al medioevo: a la edad de las ciudades y de las comunas. Nacionalistas leales, de pueblos de agudo anti-semitismo, han confesado más o menos explícitamente su esperanza de que el nacionalismo de Israel libere a sus patrias del problema judío.

Israel ha dado ya todo su tributo a la civilización capitalista. La feudalidad negó a los judíos el acceso a la agricultura, a la nobleza, a la milicia. No sabía que, obligándolos a servicios de artesano, los empujaba a la Industria, y obligándolos a servicios de prestamista y de mercaderes, los preparaba para la Banca y el Comercio, o sea que les entregaba el secreto de los tres grandes factores del capitalismo, vale decir el orden que la había de destruir y suceder. El judío, con estas herramientas, se abrió a la vez que las puertas de la Política, del Estado, otras puertas que el Medioevo cristiano había mantenido oficialmente cerradas para él: las de la Ciencia y el Saber. La Ciencia y el Saber que, en este nuevo orden, tenían que formarse no en los castillos de la nobleza, ni en los claustros de los monjes, sino en los talleres de una economía urbana e industrial. El judío, banquero o industrial, podía dominar desde la ciudad demoburguesa y liberal al campo aristocrático o frondeur.

Pero, desde Marx, el último de sus profetas, Israel ha superado espiritual, ideológicamente, al capitalismo. La sociedad capitalista, declina por su incapacidad para organizar internacionalmente la producción. La más irremediable de sus contradicciones es, tal vez la existente entre sus exacerbados antagónicos nacionalismos y su economía forzosamente internacional. Los judíos han contribuido, en la época revolucionaria y organizadora del nacionalismo, a la afirmación de varias nacionalidades. Han empleado en la obra de crear varios Estados la energía que se les propone emplear, —ahora que el mundo capitalista está definitivamente distribuido entre algunos Estados—, en establecerse, a su imagen y semejanza, como Estado judío.

Por la pendiente de esta tentación el pueblo judío está en peligro de caer en su más grave pecado de orgullo, de egoísmo, de vanidad. La construcción

de un Estado judío, aunque no pesase sobre él el protectorado abierto u oculto de ningún Imperio, no puede constituir la ambición de Israel hoy que su realidad no es nacional sino supranacional. El tamaño y el objeto de esta ambición tienen que ser mucho más grandes. El judaísmo ha dado varios Disraeli a otros Estados en la época organizadora y afirmativa de su nacionalismo; no ha reservado ninguno para sí. Sería un signo de decadencia y de fatiga, que se esforzase en procurárselo en esta época del Super-estado.

Internacionalismo igual Supranacionalismo. El internacionalismo no es como se imaginan muchos obtusos de derecha y de izquierda la negación del nacionalismo, sino su superación. Es una negación dialécticamente, en el sentido de que contradice al nacionalismo; pero no en el sentido de que, como cualquier utopismo, lo condena y descalifique como necesidad histórica de una época. Raymond Lefevre estaba en lo cierto, cuando respondiendo a los contradictores que en el congreso socialista de Tours lo interrumpían para acusarlo de poca ortodoxia internacionalista, afirmó que el internacionalismo es superpatriotismo. El patriotismo judío no puede ya resolverse en nacionalismo. Y al decir no puede, no me refiero a un deber, sino a una imposibilidad.

Porque el peligro de la tentación sionista no existe sino para una parte de los judíos. La mayor parte de los judíos no es ya dueña de elegir su destino: unos están comprometidos a firme en la empresa del capitalismo; otros están empeñados a fondo en la empresa de la revolución. Sión, el pequeño Estado creado para restablecer a Israel en Asia, en Oriente, no debe ser sino un hogar cultural, una tierra de experimentación.

Palestina no representa sino el pasado de Israel. No representa siquiera su tradición, porque desde el principio de su ostracismo, esto es desde hace muchos siglos, la tradición de Israel, la cultura de Israel están hechas de muchas cosas más. Israel no puede renegar a la cristiandad ni renunciar a Occidente, para clausurarse hoscamente en su solar nativo y en su historia pre-cristiana.

El judaísmo debe a la cristiandad la universalización de sus valores. Su ostracismo ha sido el agente más activo de su expansión y de su grandeza. Es a partir del instante en que viven sin patria que los judíos juegan un gran rol en la civilización occidental. Con Cristo y Saulo, ascienden al plano más alto de la historia. Palestina los habría localizado en Asia, limitando mezquinamente sus posibilidades de crecimiento. Israel, sin la cristiandad: no sería hoy más que Persia o el Egipto. Sería mucho menos. Georges Sorel no se engaña, cuando recordando unas palabras de Renán en su Historia del

Pueblo de Israel sobre el judaísmo después de la destrucción del reino de Judá, dice: "Es precisamente cuando no tuvieron más patria que los judíos llegaron a dar a su religión una existencia definitiva; durante el tiempo de la independencia nacional, habían estado muy propensos a un sincretismo odioso a los profetas; devinieron fanáticamente adoradores de Iahvé cuando fueron sometidos a los paganos. El desarrollo del código sacer-dotal, los salmos cuya importancia teológica debía ser tan grande, el segundo Isaías, son de esta época". La cristiandad obligó, más tarde, a Israel a renovar su esfuerzo. Gracias a la cristiandad, sus antepasados lo son también de Occidente y la Biblia no es hoy el libro sagrado de un pequeño país asiático. El judaísmo ganó al perder su suelo, el derecho a hacer su patria de Europa y América. En Asia, después de los siglos de ostracismo creador, el judío es hoy más extranjero que en estos continentes, si en ellos se puede decir que lo sea. El puritano de los Estados Unidos, el marxista de Alemania y Rusia, el católico de España o Italia, le es más próximo histórica y espiritualmente que el árabe de Palestina.

Israel, en veinte siglos, ha ligado su destino al de Occidente. Y hoy que la burguesía occidental, como Roma en su declinio, renunciando a sus propios mitos busca su salud en éxtasis exóticos, Israel es más Occidente que Occidente mismo. Entre Israel y Occidente ha habido una interacción fecunda. Si Israel ha dado mucho a Occidente, también mucho ha adquirido y transformado. El judío permanece así fiel a su filosofía de la acción condensada en esta frase del rabino italiano: "l'uomo conosce Dio oprando". Y Occidente, en tránsito del capitalismo al socialismo, no es ya una forma antagónica ni enemiga de Oriente, sino la teoría de una civilización universal.

* Publicado en Mundial, Lima, 3 de Mayo de 1929.

- "LOS MUJICS", POR CONSTANTINO FEDIN*

Fedin es, desde la aparición en español de *Las Ciudades y Los Años*, uno de los novelistas de la nueva Rusia más apreciados por el público hispanoamericano. Cotización justa, estricta, que no debe nada al azar ni a la moda, la de Constantino Fedin reposa en valores de circulación universal: originalidad, gusto, potencia, penetración. *Las Ciudades y los Años* -acabada realización artística- tiene esa atmósfera mixta de sueño y realidad de las novelas de Leonhard Frank y transcurre en ese tiempo cinematográfico inaugurado en la novela por los relojes del surrealismo y el expresionismo. Sin perder ninguna de las sólidas cualidades del relato ruso. Fedin evita todos los tonos de lasitud y vaguedad en que se complace el preciosismo occidental, después de haberse adueñado de su técnica psicoanalítica y de sus recursos poéticos.

Los Mujics y *El Molinero*, las dos novelas cortas que, bajo el primer título, nos ofrecen en un reciente volumen las Ediciones Oriente -magnífica empresa de cultura, nacida de la inquietud creadora de una España joven, sensible y alerta- nos muestran a Fedin en otra estación de su arte. Están las dos más dentro de la línea de la novelística rusa, no sólo porque el autor no necesita ya, como en *Las Ciudades y los Años*, mover una compleja maquinaria escenográfica, sino porque -consecuencia del bloqueo- retorna a asuntos de clima pura y campesinamente rusos, en que el decorado se reduce a los elementos más simples.

De las dos novelas, *El Molinero*, conocida en otras traducciones con el título de *Transval*, es la de más interés documental y artístico. *Los Mujics* es un buen relato; pero demasiado intemporal para el gusto del lector contemporáneo que en la nueva novela campesina quiere encontrar siempre un rasgo de la aldea soviética del mujic revolucionario. La personalidad de

Fedin no está ahí marcada con trazo propio y singular. ¿Qué mujics son éstos? -pregunta el lector- ¿los de ayer, los de hoy? Probablemente un poco escéptico, Fedin contestará: —Los de siempre.

Pero no es sólo el testimonio riguroso y aristotélico, de un católico italiano, como Guido Miglioli el que nos documenta la existencia de una "aldea soviética", en la que el mujic no es ya el viejo mujic, y en la que el mismo viejo mujic aspira a ser rehabilitado, exigiéndonos el reconocimiento de su rol en el proceso revolucionaria. El norteamericano Williams, autor de Grandeza y Decadencia de Vasili el Patrak, nos persuade, por medios puramente novelísticos, de que la vida campesina tiene hoy en Rusia dramas nuevos, problemas insólitos. .

Y El Molinero o Transval de Fedin afirma el mismo hecho, aunque, acaso con la intención subconsciente de negar al mujic, como mujic, la capacidad de transformar la aldea y su vida. Bajo la Revolución, el agente de los cambios más visibles en la existencia de la aldea, es William Swaaker, un extranjero, un aventurero, llegado de muy lejos. Swaaker, entra antes de la Revolución en posesión de un molino «conocido en el distrito más por haber sufrido muchas reparaciones que por haber funcionado normalmente». Se ausenta luego, misteriosamente, para ir a la ciudad. Regresa con la Revolución. Los mujics no se dan cuenta de lo que la Revolución significa: William Swaaker lo explica en su lenguaje confuso de forastero: todo el poder al pueblo. Es el único en el distrito que sabe lo que hay que hacer. Está por la Revolución y, con la mayor naturalidad, asume la presidencia del soviet local. Toma de nuevo posesión del molino; pero esta vez en nombre de la comunidad. El impulso de este hombre extraño y grotesco imprime al molino una actividad insólita. La molienda es activa, el trigo y la harina abundan, las aves se multiplican. Una sorpresa aguarda, sin embargo, a William Swaaker. Cuando llega al pueblo una comisión inspectora, desaprueba la socialización del molino; la línea adoptada por el Estado respecto a la pequeña propiedad en el campo es diversa. Los molinos rurales están expresamente excluidos de la nacionalización. Entonces Swaaker exhibe sus títulos de propiedad. Si el molino debe ser devuelto a su propietario, pierde sus derechos políticos: no puede ser diputado del soviet, ni mucho menos presidente. Swaaker no se apura. Está pronto para todos los cambios. Con la misma prestancia, algo taumática con que desempeñó antes el cargo de presidente del soviet local, reasume su papel de propietario. El molino es bautizado con una palabra incomprensible para los mujics: Transval. Mas los milagros de Swaaker no han terminado. De no se sabe dónde llega su mujer: una vieja enorme y callada. Swaaker visita la casa de los burgueses, Burma-kin, arruinados por la Revolución Primero a título de presidente del soviet local,

luego de amigo y propietario de Transval, interviene en su vida para evitarles el hambre. Los socorre con patos, pichones, harina y palabras de amistad y esperanza. El profesor Burmakin, su mujer Ana Plaflovna y su hija Nadejna Ivanovna, aunque ruborizados, confundidos no tienen más remedio que aceptar los favores de esta providencia estrafalaria y chusca. William Swaaker tiene su plan. Un día su mujer parte para siempre de Transval. Swaaker, poco después desposa a Nadejna Ivanovna que se instala con sus padres en el molino. La carestía y el hambre proporcionan a Swaaker la ocasión de asombrar más aun al pueblo. El molino está bien provisto de trigo y harina. Swaáker compró piedras a los campesinos, con su trigo. Más tarde, estas piedras le sirvieron de material para la fabricación de muelas del molino. Swaaker, además de un molino y una granja, empezó a explotar una fábrica. Temeroso de disgustos políticos por la presencia del profesor Burmakin en su casa, lo despidió, como antes a su vieja mujer, aunque con más provisiones y cortesía. Muerto el suegro, lo enterró piadosamente; pero despidió pronto a la suegra. Swaaker prosperaba, mientras el distrito con sus muros cubiertos de carteles de las cooperativas, la instrucción y la industria soviéticas, se transformaba también como a su impulso. El exótico propietario del molino Transval era el mago de su americanización. En su escritorio, una dactilógrafa, llegada de la ciudad, tenía delante una máquina de escribir y una de calcular. Conversando con su mujer, Swaaker, le hablaba ahora de sus planes de electrificación de todas las aldeas vecinas. Y Nadejna no se maravillaba: —Creo, Williams, que tú lo puedes todo.

Transval es un cuadro más humorístico que dramático de una aldea bajo la revolución. Fedin nos presenta un personaje y un caso excepcionales. William Swaaker, el boer tuerto de la historia, tiene algo de pionero de la americanización de la Rusia campesina. Y, bajo este aspecto, no obstante su intención irónica, adquiere cierta fisonomía de símbolo. Ha sido necesaria la revolución comunista para llevar a la aldea rusa el espíritu y los instrumentos del capitalismo. El soviet no es el retorno a la horda como se imaginan sociólogos baratos. Hasta cuando más extravagante y paradójicamente realiza su trabajo, el soviet apela, como a sus medios instintivos y naturales, a la máquina, a la electricidad, a los afiches de propaganda.

* Publicado en Variedades: Lima, 8 de Mayo de 1929.

- EL SECTOR COMUNISTA*

Intermitentemente, las derechas francesas denuncian el "peligro comunista" y conminan al gobierno radical-socialista a sofocarlo. El "peligro comunista" es, según parece, el más eficaz ritornello de la política reaccionaria. Las derechas se sirven de él para mantener amedrentada a la burguesía. Y para combatir al gobierno del cartel de izquierdas, acusado en la prensa y en la cámara, de flaqueza y de negligencia en la defensa del orden capitalista. La prensa conservadora descubre, cada vez que conviene a su política, un espeluznante complot bolchevique. Los comunistas, a su turno, culpan al gobierno de debilidad ante la movilización y la organización fascistas de las derechas. La democracia, -dicen los comunistas- abdica ante la reacción. Bajo el gobierno de los radicales socialistas, se prepara y se arma la ofensiva fascista.

La confrontación de estas dos tesis secta un inútil ejercicio teórico. Nos conduciría, al lector y a mí, después de una serie de análisis, a la conclusión lapalissiana de que se trata de dos tesis inconciliables, —absolutamente inconciliables como la Revolución y la Reacción— o a la conclusión relativista de que ambas tesis son igualmente válidas y verdaderas, cada una para su sistema o su mando respectivo. Preferible es que, el lector y yo, demos de antemano por adquirido cualquiera de esos resultados. Y que, ahorrándonos la fatiga de una interpretación total de la crisis francesa, nos contentemos por ahora con examinar parcialmente uno de los elementos, uno de los factores de esa crisis. Hemos explorado ya, sucesivamente, diversos sectores de la política francesa. Exploremos ahora el sector comunista. Y averigüemos, ante todo, su historia.

 * Publicado en Variedades, Lima, 9 de Mayo de 1929. Este artículo, con excepción de los dos párrafos recogidos en esta compilación, fue incluido por el autor en La Escena Contemporánea con el título "El Partido Comunista Francés", pág. 131-136, Vol. 1 de esta serie de Obras Completas. (N. de los E.)

- CHOPIN OU LE POETE", POR GUY DE PORTALES

Hermético, recatado, tímido, casi en el gesto, la palabra y el acto, Chopin no está elocuente y entero sino en su obra artística. «Jamás pudo expresar nada sino en la música». He aquí la frase más feliz del comentario biográfico que le ha dedicado Guy de Portalés, en un volumen de La vida de los hombres ilustres de la N.R.F. Un personaje tan pudoroso y huraño se presta poco a la biografía. La novela de Chopin sería el análisis de una serie de estados psíquicos más que el relato de una acción, más que la crónica de una existencia. Y para esto los datos biográficos, el rigor objetivo, no bastan. Por momentos, al contrario, estorban. El biógrafo tendría que reinventar a Chopin con libertad de novelista, buscando, en todo caso, los datos más exactos de su drama, de su espíritu, en las "polonesas", preludios, mazurkas, nocturnos, etc. El novelista, el psiquiatra, debe carecer de pudor en la indagación. Su arte, por esto, está precisamente a las antípodas del arte de Guy de Portalés.

Portalés no se permitiría, por nada del mundo, ninguna audacia imaginativa, en un asunto tan serio como la vida de Chopin. Su relato quiere ser severo, seguro, puntual. Portalés tiene un gusto suizo de la biografía; en su trabajo se reconoce y aprecia las cualidades de un pueblo que a la construcción de rascacielos, zepelines y máquinas monstruosas, prefiere su producción, lo genuino o lo exacto, chocolates, relojes, quesos, objetivos fotográficos. Pueblo pulcro, aseado, estricto, por pudoroso. Virtudes que vigila el libro de Portalés, vedándole toda inspección indiscreta en la intimidad de Chopin, todo psicoanálisis descortés de sus actos fallidos, de sus sueños musicales.

Por su objetividad respetuosa, por su mesura imaginativa, esta vida de Chopin, entre otros méritos, tiene el de reivindicar, en cierto grado a

George Sand y Chopin, antes que el de vituperio de la novelista, fácilmente descrita como una vampiresa que atormentó sádicamente los últimos años de su amante. El honrado relato de Portalés justifica a George Sand, contra esta barata leyenda. George Sand y Chopin eran indiferentes, antagónicos, incompatibles. La duración de su amor primero, de su amistad después, es una prueba de que George Sand hizo por su parte todo lo posible por atenuar este conflicto; Chopin, hesitante, susceptible, esquivo, no podía hacer mucho. George Sand tuvo, al lado de Chopin, un oficio algo maternal. Si esta imagen de madre les parece a muchos excesiva, a algunos tal vez sacrílega, puede escogerse entre la de nodriza y la de enfermera. George Sand combinó sabiamente en la terapéutica sentimental y síquica —de Chopin— los estimulantes intelectuales y estéticos del amor, con las solicitudes materiales del cuidado materno y médico. Ella era para él excitante y sedativo; erotismo creativo y orden doméstico; vigilia y reposo; exaltación y método; fiebre pasional y tratamiento reconstituyente.

Ella le garantizaba, con su sagaz instinto, la temperatura de la pasión en un clima sanitario, en un horario higiénico.

Las mas interesantes páginas de esta biografía son las de George Sand. Portalés copia dos cartas de George Sand al conde Albert Gerzmalda, amigo íntimo de Chopin. George, como es sabido, sobresalía en este género, que exige acaso cualidades femeninas. Puede olvidársele por sus novelas; pero para todo el que haya leído la carta al doctor Pagelo, que Maurras transcribe en su libro *Les Amants de Venise*, George será siempre inolvidable. En la carta de Gerzmalda, correspondiente a los primeros tiempos de su amor por Chopin, una delicada preocupación por la felicidad de éste, se une a una sincera y a la vez inteligente confesión de sus verdaderos sentimientos sobre el amor. Ella explica así su experiencia amorosa: «Me he fiado mucho en mis instintos que han sido siempre nobles; me he engañado algunas veces sobre las personas, jamás sobre mí misma. Tengo muchas tonterías que reprocharme, mas no vulgaridades ni maldades. He de decir muchas cosas sobre las cuestiones de la moral humana, de pudor y de virtud social. Todo esto no es todavía claro para mí».

«Jamás he llegado a una conclusión al respecto. No soy sin embargo indiferente a estas preocupaciones; os confieso que el deseo de acordar una teoría cualquiera con mis sentimientos ha sido siempre más fuerte que los razonamientos, y los límites que yo he querido ponerme no me han servido nunca para nada. He cambiado veinte veces de idea. He creído por encima de todo en la fidelidad, la he predicado, la he exigido. Los otros han faltado a ella y yo también. Y, con todo, no he sentido remordimientos porque

había siempre sufrido en mis infidelidades una especie de fatalidad, un instinto del ideal, que me empujaba a dejar lo imperfecto por lo que me parecía acercarse a lo perfecto. Amor de artista, amor de mujer, amor de religiosa, amor de poeta, qué se yo. Los ha habido que han nacido y muerto en mí el mismo día, sin haberse revelado al objeto que los inspiraba. Los ha habido que han martirizado mi vida y me han llevado a la desesperación, casi a la locura. Los ha habido que me han tenido clausurada, durante años, en un espiritualismo excesivo. Todo esto ha sido perfectamente sincero. Mi ser entraba en estas fases diversas, como el sol, decía Saint Beuve, entra en los signos del zodiaco. A quien me hubiese seguido superficialmente, yo habría parecido loca o hipócrita; a quien me ha seguido, leyendo en el fondo de mí misma, he parecido lo que soy en efecto, entusiasta de lo bello, hambrienta de verdad, muy sensible de corazón, muy débil de juicio, frecuentemente absurda, de buena fe siempre, jamás pequeña ni vengativa, bastante colérica, y, gracias a Dios, perfectamente pronta a olvidar las malas cosas y. las malas gentes». Hipócrita es el calificativo que esta misma carta merecerá a quien la lea de prisa, sin ahondar en el secreto de sus contradicciones. George Sand no era sino una romántica.

A propósito de otra biografía, he escrito que en el amor, como en la literatura, sólo hay dos grandes categorías: clásicos y románticos. Para los clásicos, el amor es eterno; su arquetipo son las parejas históricas: Romeo y Julieta. Para los románticos, el amor es algo menos individualizado y permanente: no existe el amor sino el estado amoroso. George Sand es quizá la protagonista por antonomasia del amor romántico. Musset, en el amor, tendía al ideal clásico. Constance Glądkowska, Delfina Potokca, María Wodzinska, cualquiera de estas mujeres pudo haber sido el amor de toda su vida. En su amor con George Sand, hay la nostalgia del amor clásico.

Pero a este amor debe Chopin una parte rica y vasta de su obra. Los ocho años de su amor con George Sand, son acaso los de su producción más intensa. Y en su biografía, este capítulo de su vida, es el que llena más páginas. La de Guy de Portalés en gran parte, es la historia del amor de George Sand.

- "Les dernières nuits de Paris" por Philippe Soupault*

Los suprarrealistas, según Emmanuel Berl, han fundado «un club de la desesperanza, una literatura de la desesperanza». Ni Berl acierta, en general, en su juicio, sobre los suprarrealistas que, mejor que él, han hallado el camino de la Revolución, ni Soupault milita ya en el grupo que capitanean, por turno caprichoso, Bretón, Aragón y Eluard. Pero, excluido de este grupo por su colaboración en 900, la revista de Máximo Bontempelli, Philippe Soupault continúa siendo en sus obras, un novelista de la desesperanza. Bajo este aspecto, la filiación de su literatura sigue siendo suprarrealista, dentro de la definición de Emmanuel Berl

La atmósfera, el clima de Les Dernières Nuits de Paris,* son, ante todo, la atmósfera y el clima de la desesperanza. La desesperanza alcanza en Soupault un lirismo patético, una tensión misteriosa que sólo los elementos de ternura y de sueño que tiene siempre la poesía de Soupault nos consienten sentir sin malestar ni fiebre. [*Las últimas noches de París]

Los personajes de Les Dernières Nuits de Paris vagan por los parajes nocturnos de un París intemporal, pero verdadero, con algo, del automatismo de los sonámbulos. Son personajes de la noche, criaturas de la noche, con un destino, un itinerario y una realidad rigurosamente nocturnos. Y estas últimas noches de París no tienen nada de común con las noches galantes, exóticas, suntuosas, venéreas de Paul Morand. De las noches de Soupault están proscritas el placer, el lujo, la riqueza, el jazz-band, la iluminación excesiva. Sus protagonistas no encuentran su ambiente sino en un París algo sombrío, estrictamente nocturno. Por las avenidas y las callejas de este París, no pasan ya los convidados del Conde d'Orgel ni de la duquesa de Guermantes. Estamos lejos de Marcel Proust. Y de

Raymond Radiguet como de Morand y Giraudoux. Philippe Soupault inaugura la noche absoluta. Su novela es, hasta cierto punto, un retorno a la noche baudeleraiana, la "noche amiga del criminal".

Pero la noche de Soupault no llega a lo más dramáticamente nocturno sin visiones de aquelarre, de hospital, de taberna. Soupault la exonera de todo lo que la literatura le había anexado: en sus noches los ayes y los espasmos pierden su antiguo carácter de atributos sustantivos; en sus noches no hay fantasmas. Baudelaire continuaba la antigua mitología de la noche; Soupault preludia su mitología moderna, urbana, novecentista. Mitología que se quedará trunca, larvada, inconclusa: elaboración tardía de la mala vida nocturna de la urbe burguesa.

La noche de Soupault no es ya sensual, voluptuosa, pecadora, mórbida. Soupault no puede prescindir del amor ni del crimen. Pero el amor carece, en su novela, de representación pagana y venérea y de simbolización epitalámica. El amor, en *Les Dernières Nuits de Paris* es al mismo tiempo más lírico y material. En su descripción, Soupault lo obliga a una economía casi ascética de deseo, de goce y de espasmo. El acto sexual es un hecho mecánico que abomina y escapa a toda morosa especulación descriptiva y que sólo así, fugitivo, secreto, adquiere su plenitud poética. La explicación le resta intensidad.

Georgette, la protagonista de la novela, es una encarnación extraña y femenina de la noche de París. Su misterio es su carencia de misterio: la naturalidad con que atraviesa un escenario terrorífico e incomprensible para el espectador; la indiferencia con que obedece su destino de buscona nocturna; la ignorancia del vicio, del amor, de la perversidad, en su existencia de ramera, como las estrellas, exacta siempre en el recorrido de su órbita. Soupault la crea con los elementos de una fantasía noctámbula. Su retrato es, además, un esquema trazado con líneas de sueño y de ternura. «Mirándola atentamente no se podía imaginarla viviente durante el día. Ella era la noche misma y su belleza era nocturna. Lo mismo que se repite con una perfecta inconsciencia: claro como el día, no era posible impedirse encontrar a Georgette bella como la noche. Pienso en sus ojos, en sus dientes, en sus manos, en esa palidez que la cubría toda entera. Y no olvido esa frescura que la acompañaba. Me parece que Georgette se tornaba más deseable cuando avanzaba la noche, que cada hora la despojaba de un vestido y volvía su desnudez más visible. Todo esto son recuerdos que se extravían y se encienden, todo esto son deseos de la noche, mas Georgette había comprendido que, para ser bella y deseada, tenía que identificarse con la noche, con el misterio cotidiano». Georgette no es sino una pobre chica que se prostituye, que en todas las callejuelas de su recorrido conoce

hoteles minúsculos y oscuros, que en sus cuartos vulgares y anónimos se desnuda ligera y ausente para seguir un minuto después su vuelo, graciosa y menuda como un pájaro; pero es también, en su banalidad y en su miseria, una criatura genuina y exclusiva-mente parisina; que es la pálida paseante nocturna que roza los más trágicos secretos de París, que en el ambiente hosco, en las logias canallas del vicio, conserva la señorilidad de una musa; última representante de la tradición de una capital refinada hasta en su galantería bohemia y callejera. Volpe, el jefe del pequeño mundo de ladrones y souteneurs* de *Les Dernières Nuits de Paris* la define a su modo en estas palabras: «Georgette, vive fuera de lo que nosotros, vos como yo, creemos que ella sea. No he podido admitir jamás que ella no fuese sino la que pasa, la que obedece. Georgette es una mujer. Esto es lo que puedo decir. Ella vive, he ahí todo. Vos no sabéis el rol que juega entre las gentes que habéis encontrado en mi compañía. Se le podría comparar al de un fetiche o al de una mascota». Es todo, sin duda, lo que sobre ella puede pensar Volpe, explotador de mujeres y de ladrones. Pero su interlocutor siente que Georgette es, con su misterio pueril, la única poesía supérstite en la noche de París. [*Rufianes]

Hastío, desesperanza, locura: el incendio que devasta a medianoche un sector de París nace de la fantasía de su hampa, y no de un César como en Roma; fermentan, en la noche de París, deseos lívidos y deformes como los cadáveres varados en las riberas del Sena por las corrientes del crimen y el suicidio. Soupault nos comunica, en imágenes suprarrealistas, la emoción de la decadencia de una ciudad donde prosperan clubes de la desesperanza y una literatura de la desesperanza.

«París se hinchaba de fastidio, después dormitaba como para digerirlo». «El alba se anunciaba y yo asistía al despertar de esta banlleuse* lamentable como un moribundo pudriéndose al borde del Sena». «Como la Tierra, París se enfriaba y devenía simplemente una idea. ¿Por cuántos años todavía conservarían esta potencia de ilusión?». La noche galante, gozosa, iluminada, artificial, termina. Y comienza, en la literatura francesa, la noche absoluta. [*resaca de la desesperanza]

*Variedades del 29 de may de 1929). II Parte.

- LA DERROTA DE LOS CONSERVADORES EN INGLATERRA*

El Labour Party ha logrado, en las últimas elecciones, la revancha que pacientemente preparaba desde que el Partido Conservador, ganando con el auxilio del falso documento de Zinoviev una mayoría, puso término en Noviembre de 1924, al breve experimento del primer ministerio laborista. Los laboristas, en esas elecciones, no obtuvieron menor número de votos que en las de Abril del mismo año. Perdieron puestos por la concentración de los votos de la burguesía, antes divididos entre dos partidos, a favor de los candidatos conservadores, en todos los distritos electorales donde no había otro medio de hacer frente a los candidatos laboristas; pero, numéricamente, su electorado aumentó, continuando, por consiguiente, el partido su ascensión en la estadística eleccionaria de la Gran Bretaña. Y mayor derrota sufrió, sin duda, en tal ocasión, el Partido Liberal que, como consecuencia de un fenómeno de polarización de la burguesía y la pequeña burguesía británicas alrededor de la bandera conservadora, perdía definitivamente su rol tradicional en el parlamento y la política inglesas. Mas, el Labour Party, en noviembre de 1924, no había ido a las elecciones simplemente para mantener y acrecentar sus posiciones eleccionarias, sino para ganar la mayoría. Y el electorado con-cedió esta mayoría a los conservadores, asegurándoles cinco años de gobierno sólidamente garantizados contra la agitación parlamentaria. El Labour Party, en minoría en el parlamento por el voto adverso de los liberales, había consultado al país si contaba o no con su confianza para continuar en el poder, con efectiva facultad de administrar. Y la mayoría había respondido votando por los conservadores.

Sin duda, el Labour Party había llegado al poder prematura y accidentalmente. La primera votación de 1924 no había dado la mayoría a los laboristas, sino la había negado a todos los partidos, y en primer lugar al

que ejercía el poder, el conservador. Aunque los conservadores retenían el primer lugar en el parlamento, el escrutinio significaba la censura. Los laboristas, que por primera vez ocupaban el segundo lugar en el parlamento, fueron llamados, conforme a la práctica inglesa, a constituir el gobierno. Pero los laboristas no podían mantenerse en el poder, sin los votos de los liberales. La duración del experimento gubernamental del Labour Party, dependía del consenso parlamentario de un partido de principios diversos e intereses propios, poco dispuesto a admitir que el desplazamiento de las fuerzas electorales tuviese un carácter definitivo, propenso a intentar de nuevo la prueba electoral, dirigido por un político esencialmente oportunista como Lloyd George de humor un tanto versátil y afición un tanto aventurera. Lloyd George y su hueste parlamentaria en servicio de sus propios principios e intereses, sostuvieron el ministerio laborista el tiempo necesario para que, con asuntos de ordinaria administración, resolviera la cuestión del presupuesto. El criterio hacendario del laborismo coincidía en este asunto con el de los liberales. Todos los factores eran adversos a la prolongación del experimento laborista. El mismo Labour Party no tenía motivos para sentirse muy seguro y cómodo en el poder, antes de haber confirmado su avance en una nueva votación.

Durante los cinco años de administración conservadora transcurridos desde entonces, el Labour Party no ha llegado a adoptar una nueva línea política, decidida y segura. El personal de intelectuales y funcionarios que sigue a Mac Donald y Thomas, ha desenvuelto su actividad bajo el influjo de dos opuestas preocupaciones: la de ganarse a las capas fluctuantes del electorado, reacias a suscribir un programa insuficientemente evolucionista y británico; y la de anular los efectos de la crítica de los elementos de izquierda del partido en las masas obreras, cuyos intereses de clase reclaman del laborismo una dirección más explícitamente antiburguesa y proletaria. Los líderes laboristas, obsecuentes a un criterio electoral y parlamentario, han tendido a hacer las mayores concesiones a la primera imprecisa y aleatoria clientela. Pero, esta estrategia, por una parte comprometía la unidad de acción y doctrina del Labour Party, con el engrosamiento de la corriente Cox-Maxton y la justificación de sus cargos contra el grupo dirigente y por otra parte, disminuía la energía combativa del laborismo y sus medios morales y programáticos de agitar vigorosamente a la opinión media, resolviéndola a un cambio. El Labour Party se presentaba casi asustado de la gravedad de sus objetivos y de la trascendencia de sus principios. Y no era éste, ciertamente, el mejor modo de infundir al pueblo confianza en su voluntad y aptitud de solucionar los problemas vitales de Inglaterra. La concurrencia de un político tan diestro como Lloyd George en el arte de impresionar a la opinión, resultaba, no obstante la visible decadencia teórica y práctica del liberalismo,

singularmente inoportuna.

La estruendosa derrota sufrida por el Partido Conservador, a pesar de todas estas circunstancias, demuestra la evidencia absoluta del fracaso de la política de Baldwin. Los laboristas no han necesitado sino insistir en la mediocridad gubernamental de los con-servadores frente a la crisis económica e industrial de la Gran Bretaña, para afirmarse como partido de oposición pronto para confrontar, con mejor éxito, las dificultades del gobierno. Cinco años de administración, han debilitado al Partido Conservador, con más eficacia quizá que el crecimiento natural y la madurez histórica del partido del proletariado. La crisis de la industria y el comercio ingleses, que causa la desocupación de millón y medio de hombres, onerosa y enervante para el fisco y la producción, se ha manifestado superior a la técnica conservadora. La crisis de la economía británica es una crisis de capitalismo; y es Lógico que la autoridad y el crédito de las fuerzas y teorías de gobierno de este sistema se resientan con su prolongamiento y complicaciones. El pueblo inglés empieza a desconfiar de la eficiencia política y administrativa del capitalismo. No es tiempo todavía de que conceda un crédito firme al socialismo. Pero se inclina ya a favorecer el ensayo de sus métodos, muy atenuados por supuesto, en la solución de los problemas nacionales. Los líderes reformistas del Labour Party han hecho, además, muy poco por conseguir un consenso más decidido para la política socialista.

El Partido Liberal sale, por segunda vez, de las elecciones, reducido a un elemento de equilibrio y de combinación. Está en la situación adjetiva, secundaria, del Partido Laborista, antes de que entrara en su mayor edad, con la diferencia de que se encuentra en ella por envejecimiento. El tiempo no trabaja a su favor, como en el caso del Labour Party, cuando, vivo aun en Inglaterra el sistema bipartito, la juventud del laborismo significaba por sí sola una esperanza. Baldwin ha experimentado una gran derrota; pero Lloyd George no ha experimentado una derrota menor.

A los liberales les toca votar en el nuevo parlamento contra Baldwin. No serían coherentes de otro modo con su campaña eleccionaria. El Labour Party reasumirá el poder. ¿Qué actitud tomarán entonces los liberales? Una inmediata disolución del parlamento, una segunda consulta al sufragio universal, no sería, por ningún motivo, favorable a los liberales. Lloyd George y su facción afrontarían la prueba con menos elementos que nunca. La lucha sería un duelo entre laboristas y conservadores. A los liberales no les interesa precipitar ese duelo.

Las izquierdas recobran, en Europa, con el triunfo del Labour Party, el

terreno que han parecido perder incesantemente desde que comenzó con una fuerte marejada reaccionaria, el actual período de estabilización capitalista. Después de cinco años de política conservadora. Inglaterra retorna, con más convicción que en 1924, al experimento laborista. Muy pronto sabremos a qué atenemos respecto a la duración y alcances de este segundo tiempo de re-forma.

 * Publicado en Variedades, Lima, 5 de Junio de 1929.

- "UN HOMME SE PENCHE SUR SON PASSE", POR CONSTANTIN-WEYER*

Aun sin la consagración del premio Goncourt, este libro de M. Constantin-Weyer, «tan extraño al gusto del día como un traje de cow-boy en la Avenida de la Opera», tal vez por esto mismo no se confundiría en los densos rasgos de la producción francesa de 1928, con las novelas de éxito común. Constantin-Weyer tiene desde su novela Manitoba un sitio destacado y propio entre los novelistas franceses contemporáneos. Un homme se penche sur son passé* confirma cualidades de narrador potente que ya nos había revelado. La Academia Goncourt no se ha anticipado, en este caso, al veredicto del más atento público y de la más justiciera y vigilante crítica. [*"Un hombre que se inclina sobre su pasado". (Traducción literal)]

Constantin-Weyer es un hombre que ha invertido el itinerario de Arthur Rimbaud. El poeta extraordinario de Illuminations dejó la literatura por la colonización. Constantin-Weyer escribe sus novelas, de regreso de su aventurosa existencia de domador de la pradera canadiense y de explorador del Gran Nord.* Es un pionner** que escribe y que, por este hecho, cesa quizá de ser pionner. El itinerario de Constantin-Weyer es, necesariamente, más moderno, más actual, y en esto se conforma al principio rimbau-diano -il faut éter absolument moderne***-; pero había más grandeza en el destino de Rimbaud. La literatura de Constantin-Weyer se alimenta de su rica y fuerte experiencia de hombre. Por sus libros circula la sangre de su existencia que en la plenitud ha encontrado un sano equilibrio vital. Pero el hombre que se agita y vive en esta literatura ha terminado. ¿Qué es hoy M. Constantin-Weyer? El título de su libro nos da la respuesta. Por independiente que sea de su protagonista, él mismo es también un hombre, que se inclina sobre su pasado. [* Gran Norte. / ** Forjador, iniciador. / *** Hay que ser absolutamente moderno].

La epopeya del Canadá, como episodio espiritual del mundo capitalista, ha concluido. La pradera, limitada, conquistada, industrializada, hace ya mucho tiempo que no ofrece al ímpetu nómada, al galope libérrimo del colonizador del Canadá, perspectivas infinitas y salvajes. El protagonista de Constantin-Weyer que en esto se identifica con Constantin-Weyer, llega tarde al Canadá, para participar en esta etapa, heroica y absolutamente individualista de la epopeya canadiense. Tiene la nostalgia del tiempo de los scalp,* que él no había jamás conocido. Pero la pradera, colonizada, dispone aún para retorno de la fuerza cautivante de toda creación, de toda conquista. «La marisma, el bosque y el clima mismo, estos humildes labradores, los O'Molley, los Mac Pherson, los Grant, los Campbell, los Jones, los Atkins, los Lavallés, los Brosseault. Irlandeses, escoceses, ingleses, canadienses, franceses, todos los verdaderos obreros del Imperio trabajan aquí por la prosperidad y el desarrollo de la gigantesca empresa bajo el signo de la Unión. Hermoso espectáculo todavía, propio para ocupar algunos años de mi vida». [* Arrancar la piel del cráneo. Castigo de los primitivos pieles rojas a los prisioneros de guerra]

El protagonista de Constantin-Weyer, demasiado propenso a la aventura, a la andanza, es incapaz, sin embargo, de contentarse indefinidamente con este destino sedentario. La gracia lozana, la atracción fresca de Hannah O'Molley, prometida de un irlandés, pero pronta a sonreír a un frenchy* gallardo, diestro en la doma de potros, dueño de esa extraña seducción del extranjero, lo fijan temporalmente en una colonia de irlandeses perezosos y escoceses puritanos. Mas el ritmo de la novela no se acordaría con una existencia agrícola. Frenchy es un ser fundamentalmente viajero, vagabundo. Su objeto no es mostrarnos un retazo colonizado y productivo de la pradera. Ya que la pradera ha perdido los encantos bárbaros de su primitividad americana, nos llevará lejos, a la región de las nieves y de los lobos. Frenchy sabe ser alternativamente cow-boy, cazador, colono. Carece del apego al agro del campesino francés. Tiene, más bien, un instinto bohemio, andariego, inmigrante. No ha venido al Canadá para presidir patriarcalmente las veladas de una familia numerosa en una alquería próspera. Este instinto lo ha conducido otras veces al Norte donde ha aprendido como ninguno a guiar una brava y veterana jauría. No son las ganancias de un buen acopio de pieles las que lo mueven a amar las largas y duras andanzas del cazador; es su gusto por la aventura, por el riesgo, por el empleo total, pleno, victorioso de sus sentidos y sus energías. Lo acompaña un compatriota, Paul Durand, que morirá en el viaje. El relato de este viaje es quizá la parte más bella de la novela. Constantin-Weyer logra admirablemente la expresión del esfuerzo gozoso y tremendo del

explorador. Hay algo como una poesía bárbara y darwiniana en la victoria del hombre que atraviesa la estepa inmensa, en la voluntad sana del cazador que bebe a grandes sorbos la sangre caliente y tónica del lobo que acaba de matar, en la herida borbotante. [*Afrancesado]

Montherlant se esmeraría narrando estas cosas, en la apología exultante del instinto, en la exaltación pagana de los sentidos. Contra su intención incurriría en un exceso decadente y literario. Constantin-Weyer es bíblicamente sano y simple en la aversión de la lucha, de la pena y de la alegría del explorador. La conquista de la estepa, la caza del lobo no son posibles como deporte mórbido. Un descendiente espiritual de Barrés puede buscar su placer en el diletantismo del toreo; pero le serían siempre inasequibles los goces severos y difíciles de Constantin-Weyer en su posesión del Canadá.

Y el destino de Frenchy, en el tercer tiempo de la novela, continúa reacio a la domesticidad agrícola. El pionner desposa a Hannah; pero algo tendrá que arrancarlo de su tierra y de su hogar de colonizador. La floresta, la caza, bastan por el momento a su apetencia de viaje, a su hábito de lucha. Mas Frenchy sentirá otra vez una necesidad absoluta de partir de nuevo. El drama lo liberta de esta paz monótona, sedentaria, agrícola. Frenchy vuelve a ser corredor intrépido de tierras del Norte montaraces y primitivas. Vuelve a serlo más plena y patéticamente que nunca cuando persigue con instinto de cazador al hombre, al rival que huye con su mujer y su hija. Y sólo el drama puede detenerlo: la cruz de pino clavada por los culpables sobre la tierra donde reposa la niña muerta en la penosa marcha.

La novela termina con esta nota de piedad. Porque el dolor también en esta vida que, sin dolor, sería menos humana, menos fuerte y menos verdadera. Y la más pura excelencia del arte de Constantin-Weyer es que sabe ser siempre fuerte, humano y verdadero.

* Publicado en Variedades: Lima, 12 de junio de 1929.

- "L'AGE HEUREUX" Y "SIMONSEN", POR SIGRID UNDSET*

El Premio Nóbel de 1926 ha puesto en circulación en el mundo a uno de los grandes valores actuales de la literatura escandinava. Sigrid Undset es, ciertamente, una de las mejores novelistas de la época, quizá la de obra más sólida y lograda. Entre las novelas de mujeres que he leído en los últimos años, sólo las de Lidia Seifulina me parecen de la categoría artística de L'Age Heureux y Simonsen, las dos novelas de Sigrid Undset que acabo de conocer en francés en las Ediciones Krá.

Diez años de su juventud, pasados en un almacén de Oslo, no malograron la vocación literaria, el don creativo de Sigrid Undset. Le sirvieron, más bien, para el laborioso allegamiento de los materiales de sus novelas. Alguno de sus críticos la estima como la más notable intérprete del alma femenina. Pero esto no es exacto sino a condición de que se defina y precise los límites históricos, temporales, de la interpretación. Sigrid Undset es una novelista de la pequeña burguesía. Sus diez años de empleada de comercio, gravitan potentemente en su trabajo artístico.

Los personajes de L'Age Heureux pertenecen todos al mundo familiar a Sigrid Undset empleada. Uni, Charlotte, Birgit, Christian, representan a la clase media de una ciudad un poco provinciana todavía en su estilo. Pequeña burguesía operosa, a la que sólo un camino se ofrece: el difícil ascenso a burguesía: Clase social de la que procede, por esto mismo, el mayor número de desclasados. El bovarismo* no se propaga en ningún estrato social con tanta facilidad. La falta de equilibrio interno, la ausencia de destino propio es su tragedia. [* Referencia a Madame Bovary, la célebre protagonista de Gustav Flaubert]

Uni y Charlotte, inteligentes y sensitivas, sufren por la limitación y la

monotonía de la atmósfera social en que han nacido. Uni cree encontrar la vía de su liberación en el teatro. Pero los comienzos en la escena son morosos y pesados. No se deviene estrella en un día. Uni, sobre todo, es una muchacha de algún talento, pero sin superiores dotes escénicas. Tiene un novio, Christian, al que ama ardientemente, pero que, empleado, también, gana aún muy poco para casarse. La boda se presenta distante. Sobre los dos pesa el fardo triste de una pobreza que hace insoportable el común anhelo de ser burguesamente felices. Christian necesitaría conquistar una fortuna en pocos años: En Cristianía,* para un empleado, la cosa es imposible. El viaje a América es la única empresa que puede reportarle la felicidad deseada. De otro lado, la espera le parecerá insufrible. «¿Crees tú que no veo que todo esto no puede bastarte, no puede contentarte? Permanecer siempre pobres, sin amigos, pasar la vida con la mirada puesta en un pequeño punto luminoso a lo lejos, el porvenir... ». Los dos prometidos están solos: tienen a su alcance, al menos, concreta, inmediata, la ventura que su juventud y su pasión son capaces de darles. Ella más intrépida, más espontánea, no escuchará en ese instante otra voz que la de su deseo. Pero él no sabe pasar encima de ninguno de los tabús de su clase. Confiesa que alguna vez lo visita la idea de que todo iría mejor si en secreto se concediesen un poco de felicidad. «Pero no sirve de nada razonar y decirse que uno es dueño de sí mismo. Hay un sentimiento en el fondo de nosotros mismos, contrario a todo buen sentido, a todas las mejores razones. Los jóvenes, los de la burguesía al menos, son así... Hay prejuicios innatos que se han vuelto para nosotros un dogma intangible.

[*Antiguo nombre de la Capital de Dinamarca]

Y a los matrimonios forzados, por decir así, no son las dificultades pecuniarias lo que los hace desgraciados, sino el que un joven burgués tiene siempre vergüenza de haber tomado a su novia como amante. Siento piedad por aquellos que deben vivir en esas condiciones. Raros son los hombres que pueden amar a una mujer con la cual han pecado...» Uni y Christian, no padecen la tutela ni la vigilancia de nadie. No tienen familia en Cristianía y viven de su propio esfuerzo. Son jóvenes y pobres, como dice Uni, pensando sin duda en que son, sobre todo, jóvenes. Ningún reproche, fuera del que ellos mismos pueden dirigirse les aguarda, pero les es imposible disponer de sí mismos. Christian piensa como deben pensar su clase, su mundo; no sabe ajustar su conducta a otras normas que las de los jóvenes de su condición social.

La pequeña burguesía de París ha puesto de lado estos tabús demasiado imperiosos aun en el espíritu de la clase media de Cristianía y Oslo. En general, las grandes urbes han creado hábitos de libertad sexual; pero, en particular, Francia, como lo observa sagazmente Luc Durtain, a propósito de las costumbres de la Rusia soviética, ha encontrado un tono sagaz, una

licencia discreta, en su conducta erótica. A la pequeña burguesía protestante de las ciudades escandinavas, no cabe exigirle la misma flexibilidad. Las muchachas de la clase media saben que su destino es el matrimonio, el hogar, la maternidad; pero cuando tienen el gusto de las cosas finas y elegantes, el demonio de la ambición y la personalidad, se contrasta con la angustia, la perspectiva gris, aburrida de una existencia conyugal oscura y pobre; duras fatigas cotidianas, presupuesto mezquino, apetitos insatisfechos, sociedad mediocre y fastidiosa, decencia miserable. Más acremente que Uni y Christian, Charlotte siente la fatalidad de este ambiente. No se ha enamorado todavía; vive con su familia. Su amiga Birgit que trabaja en la ciudad, lejana de los suyos, puede al menos pensar en su hogar como en un pequeño distante paraíso de provincia. Pero ella no: sin ausencia, esta dulce idealización es imposible. «A nuestra edad - dice a Uni- se quiere partir para luchar sola, fiándose a sus propias fuerzas. Entonces, yo podría confiar todo a mi madre, aun si fuera menos inteligente, menos instruida. Ella podría ser una vieja como cualquier otra que zurciese calcetines y se rascase con la aguja de crochet detrás de la oreja diciéndose que el Buen Dios arreglaría las cosas. Pero ver cada día los mismos ojos que conocen todas mis penas es un suplicio. Obligada a vivir con los míos años y años... ¡Estar lejos de su familia y pensar en el sitio de la más pequeña cosa, saber que los días transcurren dulcemente, pensar en las palabras indiferentes pronunciadas allá, en los actos que se repiten indefinidamente! ... ¡Pero vivir así, como yo, todo el tiempo! Se odia a veces cada silla, cada mesa, cada objeto que nos ha mirado durante toda nuestra vida, confidentes de nuestras penas y de nuestras derrotas más secretas. Despertarse en la mañana y saber de antemano todas las pequeñas palabras, todos los pequeños hechos que vendrán cada uno a su hora habitual». Charlotte acaba suicidándose; Uni encuentra su dicha y su destino en el matrimonio con Christian, después de un período de ruptura, que habría sido definitiva si el teatro halagándola con las satisfacciones de una victoria completa hubiese podido retenerla. Pero, fracasada en un rol, Uni piensa que es más cierta, más vital, más verdadera la felicidad que el amor de su Christian le reserva. Su instinto y su pasión le aconsejan. Es aún tiempo de recuperar a Christian, propenso quizá a pensar de nuevo en el viaje a América Uni va a buscarle a su oficina. Cenar juntos con champagne, en un café elegante. No se separarán esta vez sino después de haber aceptado, en el cuarto de Uni, sin gatzmoñería, las consecuencias de su juventud, de su soledad y de su amor.

En Simonsen, el cuadro de los prejuicios, los egoísmos, los intereses de la pequeña burguesía arribista, estrecha, es aún más sombrío y tedioso. En L'Age Heureux, el amor de dos jóvenes ilumina las cosas, ahuyenta las sombras. En Simonsen el drama es sórdido.

Pero en las dos novelas se reconoce, igualmente, la potencia de un arte realista, humano, poético, y de una narradora fuerte, sincera, admirable.

 * Publicado en Variedades: Lima, 19 de Junio de 1929.

- "SEIS ENSAYOS EN BUSCA DE NUESTRA EXPRESION", POR PEDRO HENRIQUEZ UREÑA*

Diversos signos anuncian la liquidación inminente de la demagogia super-americanista, de la declamación ultraista, en que han coincidido en nuestra América el mesianismo de algunos reformadores políticos y sociales improvisados en las jornadas de la insurrección universitaria y el futurismo de otros tantos poetas, provincianamente persuadidos de la originalidad y criolledad de sus mediocrísimas rapsodias de los "ismos" europeos. Esta liquidación nos exonerara del tributo a uno que otro tácito "maestro de la juventud", de gestos y palabras estrictamente entonados a la más confusa exaltación post-bélica; pero nos conducirá, en cambio, a una estimación exacta, a una ponderación útil de los hombres que verdaderamente ejercen en Latino América una función crítica y docente. Pedro Henríquez Ureña, el autor de estos Seis ensayos en busca de nuestra expresión que quiero señalar hoy a la atención de mis lectores, es sin duda uno de los escritores que con más sentido de responsabilidad y mayores dotes de talento y cultura cumplen esa función.

En Henríquez Ureña se combinan la disciplina y la medida del crítico estudioso y erudito con la inquietud y la comprensión del animador que, exento de toda ambición directiva, alienta la esperanza y las tentativas de las generaciones jóvenes. Henríquez Ureña sabe todo lo que valen el aprendizaje escrupuloso, la investigación atenta, los instrumentos y métodos de trabajo de una cultura acendrada; pero aprecia, igualmente, el valor creativo y dinámico del impulso juvenil, de la protesta antiacadémica y de la afirmación beligerante. Su simpatía y su adhesión acompañan a las vanguardias en la voluntad de superación y en el esfuerzo constructivo. De ninguna crítica me parece tan necesitada la actividad literaria de estos países como de la que Pedro Henríquez Ureña representa con tanto estilo

individual.

En su nuevo libro, que agrega un título más a la selectísima biblioteca argentina dirigida por Samuel Glusberg, Henríquez Ureña reúne trabajos dispersos -artículos, conferencias, prólogos- que no obedecen en parte a la intención central de la obra.

Los ensayos *Hacia el nuevo teatro* y *Veinte años de la literatura en los Estados Unidos*, excelentes como panorama de uno y otro tópico, podían formar parte de otro libro. No diré que son ajenos al espíritu mismo de estas meditaciones "en busca de nuestra expresión", pero sí que pertenecen con más propiedad a otro grupo de ensayos del autor. Han sido incluidos en estos "seis ensayos" por la dificultad editorial acusadora de nuestra pobreza -de organizar en volúmenes autónomos la investigación de un ensayista como Henríquez Ureña.

Los dos primeros ensayos: *El descontento y la promesa: en busca de nuestra expresión* y *Caminos de nuestra historia literaria*, contienen lo más esencial del libro. En esos dos nutridos y sólidos escritos, Henríquez Ureña logra un planteamiento de los problemas de nuestra literatura y de su orientación, mucho más eficaz y hondo que el que embrollada o vagamente esbozan, sin tan precisos resultados, enteros volúmenes de historiografía y crítica literaria. Las conclusiones de Henríquez Ureña son, como todas, susceptibles en muchos puntos de desarrollo y rectificación; pero revelan algo que no es frecuente en nuestra crítica: un criterio superior y seguro. Henríquez Ureña tiene las cualidades del humanista moderno, del crítico auténtico. Sus juicios no son nunca los del impresionista ni los del escolástico. La consistencia de su criterio literario, no es asequible sino al estudioso que al don innato del buen gusto une ese rumbo seguro, esa noción integral que confieren una educación y un espíritu filosóficos. Henríquez Ureña confirma y suscribe el principio de que la crítica literaria no es una cuestión de técnica o gusto, y de que será siempre ejercida, subsidiaria y superficialmente, por quien carezca de una concepción filosófica e histórica. El hedonismo tanto como el eruditismo y el preceptivismo, están definitivamente relegados a una condición inferior en la crítica. No es posible el crítico sin tecnicismo y sin sensibilidad específicamente literarios, pero se clasificará invariablemente en una categoría secundaria al crítico que con la ciencia y el gusto no posea un sentido de la historia y del universo, una *weltanschauung*.* [* Concepción del mundo]

Henríquez Ureña reacciona contra el superarnericanismo de los que nos aconsejan cierta clausura o, por lo menos, cierta resistencia a lo europeo, con mística confianza en el juego exclusivo y excluyente de nuestras

energías criollas y autóctonas. «Todo aislamiento es ilusorio -remarca el autor de 6 ensayos en busca de nuestra expresión-. La historia de la organización espiritual de nuestra América, después de la emancipación política, nos dirá que nuestros propios orientadores fueron, en momento oportuno, europeizantes: Andrés Bello, que desde Londres lanzó la declaración de nuestra independencia literaria, fue motejado de europeizante por los proscritos argentinos veinte años después, cuando organizaba la cultura chilena; y los más violentos censores de Bello, de regreso en su patria, habían de emprender, a su turno, tareas de europeización, para que ahora se lo afeen los devotos del criollismo puro». Pero Henríquez Ureña reconoce, al mismo tiempo, la función de "la energía nativa". Más aún, la reivindica como factor primario de toda creación americana. Formamos parte del mundo latino y, por ende, del occidental; pero los lazos que supone esta filiación «no son estorbos definitivos para ninguna originalidad, porque aquella comunidad tradicional afecta sólo a las formas de la cultura mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa». Y esta energía quizá en ningún americano actúa tanto como en los que pugnan por europeizar u occidentalizar América. «No creo -declara Henríquez Ureña- en la realidad de la querrela de Fierro contra Quiroga. Sarmiento, como civilizador, urgido de acción, atenaceado por la prisa, escogió para el futuro de su patria el atajo europeo o norteamericano en vez del sendero criollo, informe todavía, largo, lento, interminable tal vez o desembocando en callejón sin salida; pero nadie sintió mejor que él los soberbios ímpetus, la acre originalidad de la barbarie que aspiraba a destruir. En tales oposiciones y en tales decisiones está el Sarmiento aquilino: la mano inflexible escoge; el espíritu amplio se abre a todos los vientos. ¿Quién comprendió mejor que él a España, la España cuyas malas herencias quiso arrojar al fuego, la que visitó "con el santo propósito de levantarle el proceso verbal", pero que a ratos le hacía agitarse en ráfagas de simpatía?».

¿A qué atribuir la imperfección, la incipiencia, la pobreza de nuestra literatura? Henríquez Ureña no busca la explicación en la raza, ni en el clima, ni en los modelos, ni en el demonio del romanticismo o del europeísmo. El arte y la literatura no florecen en sociedades larvadas o inorgánicas, oprimidas por los más elementales y angustiosos problemas de crecimiento y estabilización. No son categorías cerradas, autónomas, independientes de la evolución social y política de un pueblo. Henríquez Ureña se coloca a este respecto en un terreno materialista e histórico. Distingue dos Américas, la buena y la mala. La primera es la que ha conseguido organizar aproximadamente su existencia, según las reglas de la civilidad occidental; la segunda es la que se debate aún en la contradicción, entre las formas y exigencias de esta cultura y los densos rezagos tribales o feudales de la

América primitiva o colonial. Y la literatura no escapa a una u otra influencia. «Las naciones serias van dando forma y estabilidad a su cultura y en ellas las letras se vuelven actividad normal, mientras tanto, en "las otras naciones", donde las instituciones de cultura, tanto elemental como superior, son víctimas de vaivenes políticos y del desorden económico, la literatura ha comenzado a flaquear. Ejemplos: Chile, en el siglo XIX, no fue uno de los países hacia donde se volvían con mayor placer los ojos de los amantes de las letras; hoy sí lo es. Venezuela tuvo durante cien años, arrancando nada menos que de Bello, literatura valiosa, especialmente en la forma: abundaba el tipo del poeta y del escritor dueño del idioma, dotado de facundia. La serie de tiranías ignorantes que vienen afligiendo a Venezuela desde fines del siglo XIX -al contrario de aquellos curiosos "despotismos ilustrados" de antes, como el de Guzmán Blanco- han deshecho la tradición intelectual: ningún escritor de Venezuela menor de cincuenta años disfruta de reputación en América».

Henríquez Ureña discurre con admirable lucidez sobre la naturaleza de los problemas literarios y artísticos. «Nuestros enemigos -escribe- al buscar la expresión de nuestro mundo, son la falta de esfuerzo y la ausencia de disciplina, hijos de la pereza y la incultura, o la vida en perpetuo disturbio y mudanza, llena de preocupaciones ajenas a la pureza de la obra: nuestros poetas, nuestros escritores, fueron las más veces, en parte son todavía, hombres obligados a la acción, la faena política y hasta la guerra, y no faltan entre ellos los conductores e iluminadores de pueblos». Pero más certera y magistral es su diagnosis en estas palabras finales del libro: «En el pasado nuestros enemigos han sido la pereza y la ignorancia; en el futuro, sé que sólo el esfuerzo y la disciplina darán la obra de expresión pura. Los hombres del ayer, en parte los del presente, tenemos excusa: el medio no nos ofrecía sino cultura atrasada y en pedazos; el tiempo nos lo han robado empeños urgentes, unas veces altos, otras humildes. Y, sin embargo, hasta fines del siglo XIX nuestra mejor literatura es obra de hombres ocupados en "otra cosa": libertadores, presidentes de república, educadores de pueblos, combatientes de toda especie. La calamidad han sido los ociosos: esos poetas románticos, cuyo único oficio conocido era el de hacer versos, pero que eran incapaces de poner seriedad en la obra. Y lo que antes se veía en los románticos, ¿no se ve ahora en sus descendientes bajo designaciones distintas?». Es difícil comentar el libro de Henríquez Ureña sin ceder, a cada paso, a la tentación de citar textualmente sus palabras. He transcrito, hasta ahora, párrafos que dan una idea precisa del mérito y del contenido de su última obra. Si estas transcripciones contribuyen a despertar el interés del público sobre tan excelente libro, habré alcanzado lo que me propongo en este rápido comentario.

* Publicado en Mundial: Lima, 28 de Junio de 1929.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME: <http://www.archivochile.com> (Además: <http://www.archivochile.cl> y <http://www.archivochile.org>).

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com y ceme@archivochile.com

El [archivochile.com](http://www.archivochile.com) no tiene dependencia de organizaciones políticas o institucionales, tampoco recibe alguna subvención pública o privada. Su existencia depende del trabajo voluntario de un limitado número de colaboradores. Si consideras éste un proyecto útil y te interesa contribuir a su desarrollo realizando una DONACIÓN, toma contacto con nosotros o infórmate como hacerlo, en la portada del sitio.

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata.](#)